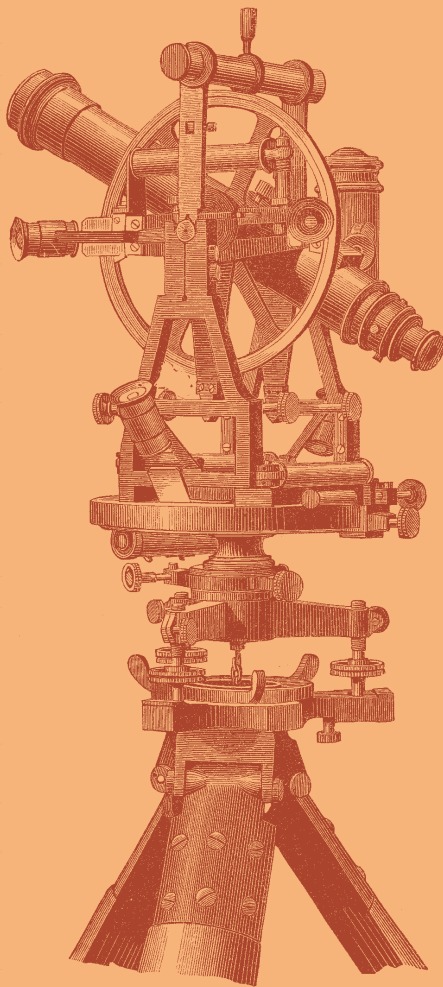


Anecdotalario de un topógrafo de campo

Carlos Venero Sánchez



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES, MOVILIDAD
Y AGENDA URBANA

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



Anecdotalario de un topógrafo de campo

Carlos Venero Sánchez

Edición digital

Anecdotario de un topógrafo de campo

Editado en febrero de 2020

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado:

<https://cpage.mpr.gob.es>

Autor:

© Carlos Venero Sánchez, 2020

Edita:

© De esta edición: Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG) 2020

Ilustraciones:

Pilar Martín Moreno, María Teresa Acerno González
y Miguel Ángel Bernabé Poveda

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)
(Subdirección General de Geodesia y Cartografía)

NIPO: 798200019

DOI: 10.7419/162.03.2020

Los derechos de la edición digital son del editor. La difusión electrónica masiva debe hacerse a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial

CNIG: Calle General Ibañez de Ibero, 3
28003 - Madrid (España)
cnig.es - consulta@cnig.es

A Carmela, mi esposa

In memoriam:

Diego

Miguel

Manolo

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
EMPEZAMOS BIEN	9
EL PESO	11
ANUNCIOS	12
SIN PÉRDIDA	13
EL CORREO	14
EL DESPERTADOR	15
EL RODAJE	17
¡AL RICO HELADO!	18
EL IDIOMA	20
SIN ESPINAS	22
DOS RESEÑAS	24
VEINTE DUROS	25
EXCESO DE CELO	26
¡VAYA CON EL T...!	28
COSAS QUE PASAN	30
INVITACIÓN	31
AYUDA	32

LA CORRIDA	34
LA ESPERA	35
ESPEJISMO	37
LA CAZA	38
...Y FIESTAS DE GUARDAR	39
EXPERIENCIA (¿para quién?)	43
¿GEÓGRAFO?	47
IDIOSINCRASIA	50
LA CARRASCA	52
MUGA 90	55
POR QUÉ POCO	61
PRECAVIDO	64
EL OVNI	66

PRÓLOGO

He querido exponer, en esta serie de anécdotas, únicamente las ocurridas a mi persona durante el ejercicio de la profesión. No obstante, he incluido al final de todas, la del *ovni*, por ser, además de graciosa, digna de ser relatada.

En la vida real suceden anécdotas de todo tipo y en todos los tiempos, unas más graciosas que otras y algunas realmente crueles, sin que pierdan por eso su gracia. Voy a relatar, como proemio, una que leí hace algún tiempo.

Tomás de Torquemada, primer inquisidor general, poseía un gran sentido del humor. Tenía un libro oculto en su despacho al que transcribía chascarrillos sobre la Inquisición y sus servidores; en la cárcel secreta*, varios pisos más abajo, coleccionaban a los que los habían contado.

He aquí una de las más famosas anécdotas, a modo de introducción, que fue a engrosar ambas colecciones.

Anda en lenguas en mi tiempo el proceso del arzobispo Bartolomé de Carranza, primado de Toledo, a quien el inquisidor general don Fernando de Valdés se ha empeñado en condenar por defender la lectura de la Biblia por los laicos. El inquisidor, ante las continuadas protestas de inocencia de Carranza y admitiendo en conciencia que el procedimiento le deja pocas oportunidades de demostrarla, le propone jugarse el veredicto a los dados. Si saca entre uno y cinco será declarado culpable. El arzobispo pregunta:

—¿Y si sale seis?

—Volvéis a tirar

* En esta cárcel estuvo diecisiete años hasta su muerte, acaecida en el año 1576.

EMPEZAMOS BIEN

Acababa de llegar a la serranía de Ronda (Málaga) para construir señales geodésicas de 3^{er} orden. Era el primer día que salía al campo en esa zona y la temperatura era más que agradable, por lo que no se necesitaba más atuendo que una simple camisa y, por supuesto, pantalones y botas.

Me desplacé con el coche hasta el pie del monte donde se encontraba el vértice geodésico y, una vez pertrechado del equipo correspondiente, inicié la ascensión. Todo transcurrió con absoluta normalidad por lo que, una vez finalizado el trabajo, comencé el descenso. En esta zona afloraban del suelo una gran cantidad de rocas con aristas muy pronunciadas. Fue al intentar esquivar una de ellas cuando fui a caer en otra que sobresalía mucho más, llegando a sentarme materialmente en ella. En ese momento, sentí un *crisssss* unido al dolor que me produjo el golpe, advirtiéndome, con gran estupor, que me había quedado con el culo al aire, pues los pantalones se habían rasgado a la altura del susodicho, imaginense la magnitud del roto.

Proseguí el camino hacia el coche, no sin grandes esfuerzos por mantener junto a mis carnes lo que quedaba de los maltrechos pantalones y, una vez llegado a él, me até como pude una rebeca a la cintura y proseguí el camino hasta el pueblo más próximo.

Como era la hora de comer, me dirigí a un bar situado en la plaza mayor. Entré como si tal cosa, eso sí, haciendo fuerza con una carpeta sobre la rebeca para tratar de sujetar lo que no podía y le pregunté a una muchacha que estaba en la barra si tenían algo para comer. Ella contestó que sí, que me sentara en una mesa próxima a la barra pues estaba el bar casi vacío. Puso cara de extrañeza cuando le dije que prefería sentarme al fondo, al tiempo que le preguntaba si había alguien mayor que ella, pero del género femenino, en las dependencias del bar. Ella asintió, y sin dejar de mirarme se dirigió a la cocina. Salí una seño-

ra, que luego supe que era su madre y vino hacia mí. Yo entonces, sujetándome los pantalones, le expliqué la situación y le mostré, como pude, el gran roto. Ella, muy amablemente, se ofreció a hacerme un cosido de emergencia mientras me servían la comida. Para ello, no tenía más que quitarme los pantalones, y como estaba en un sitio alejado de la barra, nadie se daría cuenta, pues a esa hora sólo entraba algún paisano a tomar café y a echar la partida. Yo me imaginé la rara situación y le sugerí que sólo bastaría con que me colocara algunos imperdibles estratégicamente. Accedió la amable señora y, al tiempo que me servía la comida, me fue colocando los imperdibles sin levantarme del asiento más que lo estrictamente necesario.



Algunos clientes miraban de soslayo la situación y supongo que, cuando me hubiera ido, la señora explicaría el percance a toda la clientela, pues algunos días después volví a pasar por el bar en compañía del constructor de la señal geodésica y advertí unas risitas mal disimuladas en el personal que se encontraba en el bar.

Desde entonces, he llevado imperdibles en el coche aunque, como cabe suponer, nunca más me hicieron falta.

EL PESO

En un pueblo de Málaga iba un vendedor ambulante con un carrito ofreciendo pescado a la posible clientela. Al poco rato, se acercó una lugareña y pidió medio kilo de boquerones. El hombre preparó un cucurucho de papel y empezó a echar boquerones hasta que le pareció bien. Se los dio a la señora diciendo:

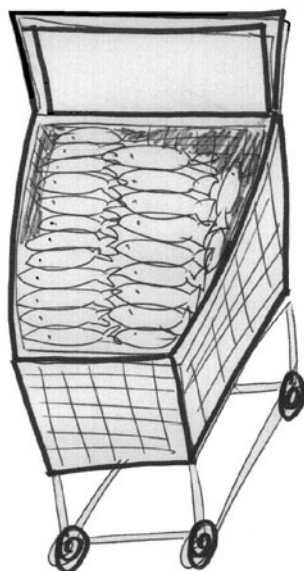
—Tenga, *zon cuarenta pezeta*

La mujer, echando mano al monedero, dijo:

—Estarán bien pesados ¿no?

Y el pescadero respondió:

—*Zi lo zabré yo.*



ANUNCIOS

Al borde de una carretera, de la provincia de Huelva, se podía leer este anuncio en la fachada de una casa:

BAR AL REVOLVER

Quería decir que la entrada a un bar se encontraba al dar la vuelta a la esquina de la casa.

Este otro aviso estaba en la provincia de Almería, muy cerca de la capital:

SE VENDE PAGA Y SEVA

Después de varios días, pasando por delante del mismo, pude al fin descifrar el aviso:

Se vende paja y cebada

A no muchos kilómetros del anuncio anterior, me topé con este otro que me tuvo aun más intrigado y que hube necesidad de un traductor del lugar:

AY CA PANCALA

Hay cal para encalar

Es que, como dijo un político, *manda huevos*.



SIN PÉRDIDA

En el mes de junio del año 1966 me disponía, junto a un compañero, a reconocer y señalar un vértice geodésico en un monte próximo a Villabona (Guipúzcoa). Estaba lloviznando y, al llegar a la falda del monte, ésta se encontraba llena de monte bajo muy espeso por lo que, al ver a un paisano a la puerta de un caserío próximo, optamos por preguntarle la forma de “atacar” el citado monte, por si conocía alguna vereda o trocha para ascender al mismo. Una vez llegados a su altura, vimos que era un hombre de edad madura y que hecha la cuestión nos respondió:

—*Bai* (sí), derecho, seguir, *isquierda*, mucho *serca* o así pues.

Con estas precisas indicaciones se comprende que no tuviéramos ninguna dificultad en el ascenso.



En el año 1966, estaba en Don Benito (Badajoz), con otro compañero, haciendo el apoyo fotogramétrico de todo el término municipal. Como por aquél entonces no se había inventado el distanciómetro, el apoyo se hacía mediante triangulación y trisecciones inversas. Esto requería una gran cantidad de banderas. Pues bien, uno de los puntos de la red principal, fue a caer en una trinchera, por la que pasaba la línea férrea Madrid-Badajoz, en la parte alta de uno de los taludes.

Siempre poníamos la bandera de dos colores pero, en ese momento, sólo disponíamos de color rojo. Como teníamos prisa, ¡y cuándo no!, pues era la última, optamos por hacer la bandera con un trapo un poco más grande y de ese color.

A pesar de que nos levantábamos muy temprano, al día siguiente lo hicimos aún más, pues oímos un cierto revuelo a la puerta de la pensión, en la que, nos hospedábamos. Era la Guardia Civil, que venía a prender a esos “graciosos” que habían hecho detenerse al tren Correo a las cuatro de la mañana.

Fuimos conducidos a la Comandancia y después de múltiples y variadas explicaciones nos dejaron continuar trabajando. Por supuesto, la bandera había sido arrancada y tuvimos que buscar otro emplazamiento.



EL DESPERTADOR

Después de acabar el trabajo en Don Benito, reseñado en la anécdota anterior, teníamos que desplazarnos a Almendralejo, que se encuentra a 75 km, para realizar también el apoyo del término municipal.

A la vista del precario mapa de carreteras que teníamos y como era por la tarde y pronto anochecería, optamos por tomar una carretera comarcal que pasa por Guareña y Villagonzalo y que, aunque el firme era de tierra, nos evitaba tener que dar un gran rodeo para salir a la carretera nacional. ¡Nunca lo hubiéramos podido hacer peor!

El coche que llevábamos era un Citroën 2CV y empleamos en el trayecto cerca de tres horas, pues la carretera en cuestión estaba bastante bien los primeros kilómetros pero, de repente, se convirtió en una especie de campo minado a juzgar por los agujeros que tenía. Sopesamos el dar la vuelta y desandar lo ya recorrido pero, como se nos estaba haciendo de noche decidimos seguir, suponiendo que aquel martirio al que estábamos sometiendo al coche iba a cesar de un momento a otro.

No fue así, de manera que cuando llegamos a Almendralejo eran las once de la noche. Teníamos que buscar alojamiento y un establecimiento en el que nos dieran algo de cenar.

Avistamos una pareja de la Benemérita, que se encontraba haciendo su ronda nocturna, y le pedimos auxilio para localizar hospedaje. Muy amablemente nos acompañó a una fonda y tras golpear la aldaba de la puerta salió una señora que, después de breves explicaciones por todas las partes, nos hizo pasar al interior.

Tras atravesar un corredor y un patio, subimos a la única habitación que tenía disponible. Ésta era bastante pequeña, pero disponía de dos camas, aguamanil,

jofaina y un búcaro encima de la mesilla de noche. En un extremo de la habitación había una puerta cerrada.

Como la dueña no tenía nada para darnos de comer, dejamos las maletas y salimos en busca de un bar.

Una vez llenado el estómago, volvimos a la fonda y nos acostamos.

De repente, a las cuatro y media de la mañana, cuando estábamos completamente dormidos, se encendió la única bombilla que había en la habitación, al tiempo que oímos un buenas noches que se fue repitiendo varias veces, según iba entrando gente en nuestro dormitorio por una puerta y saliendo por la otra, saludándonos como la cosa más normal del mundo. Nosotros, medio incorporados en la cama, no dábamos crédito a lo que estaba sucediendo, eso sí, correspondíamos al saludo mientras mirábamos atónitos el desfile de personal.

Una vez finalizado el incidente, volvimos a dormirnos pensando que todo aquello tendría una explicación, pero mejor sería averiguarla unas horas después, cuando ya fuera el día siguiente.

Nada más levantarnos, fuimos en busca de la dueña y le dijimos lo sucedido la noche anterior. Ella nos explicó:

—Es que ayer, como era tan tarde cuando llegaron, se me olvidó advertirles que la habitación que les había asignado tiene otra puerta que da acceso a otras dos habitaciones situadas al fondo, en las que duerme el primer turno de trabajadores de la cosechadora, y que todos los días se levantan a esa hora.

Dimos por buena la explicación, le pagamos la noche y nos fuimos en busca de otro establecimiento que no dispusiera de un despertador tan efectivo.

EL RODAJE

En el mes de abril de 1975, se desplazó a Isla Cristina (Huelva) todo el equipo de Geodesia y, como era mucho el material a utilizar, se optó por llevarlo desde Madrid en un camión. En la misma playa se procedió a hacer el reparto a cada operador. Entre el material, teodolitos, basadas, radioteléfonos, baterías, tiendas de observación, cajas de herramientas, etc., se encontraba un artilugio, preparado por un compañero (verdadero manitas), al que denominábamos espíritu santo, ya que permitía, en las observaciones nocturnas, dar luz por encima del pilar de observación mientras se observaba desde éste.



En la playa nos habíamos concentrado diecinueve vehículos, dos todo-terreno y el citado camión. Al poco tiempo de comenzar el reparto de material, se fue aproximando el personal del pueblo, atraído por tan insólito acontecimiento. Pero cuál no nuestra sorpresa cuando vimos aparecer a una gran variedad de vendedores con bocadillos, refrescos y artículos de regalo. Pues, según les había informado un paisano, se iba a rodar la versión española de Jesucristo Superstar. Ante nuestra extrañeza preguntamos —¿Cómo es posible que hubieran imaginado que se iba a hacer una película? Enseguida, saltó uno de los presentes que parecía el más avisado:

—Es que les hemos oído decir ¿quién lleva el espíritu santo?

¡AL RICO HELADO!

Martos (Jaén), mes de julio, la temperatura era la que cabe imaginar en esta zona y en esa época del año.

Después de haber estado observando al sol, por la mañana, (para confeccionar el mapa Geomagnético) y como ya era el mediodía, entré a comer en un restaurante del lugar.

Cuando terminé mi refrigerio salí a enfrentarme con el tórrido infierno que me esperaba en la calle y, a la vez dentro del coche que, en aquella época no tenía aire acondicionado. De pronto divisé un puesto de helados y hacia allí me dirigí, dispuesto a tomarme uno de tutti-fruti bien fresquito. Uno me supo a poco, así que repetí.

Cogí el coche para viajar hasta el punto en que tenía que hacer la siguiente observación. Según iba de camino empecé a notar que mis tripas iniciaban un cierto baile, pero no le di mucha importancia.

Llegué a la zona, aparcando el coche a bastante distancia del punto donde iba a observar para que no influyera la masa magnética y, después de descargar los aparatos, comencé la observación.

Según pasaba el tiempo yo notaba que mi vientre no solo bailaba sino que había iniciado una danza macabra, hasta tal punto que, sin darme tiempo a reaccionar, lo que fue comida empezó a salir con



tanta fuerza de forma líquida que noté cómo inundaba mis pantalones, después de hacerlo con los calzoncillos.

¡Dios, qué situación!

Por la mañana había abandonado el hotel, donde me alojaba, para continuar viaje hacia Córdoba y llevaba el equipaje en el maletero, pero, la distancia hasta el coche parecía que había aumentado. Opté por aligerarme de las prendas manchadas, cuidando de hacer un envoltorio con ellas, quedándome de cintura para abajo con los calcetines y las botas por todo atuendo, rogando que no apareciera por allí ningún labriego dado lo embarazoso de la situación.

Tras enterrar el cuerpo del delito y de esta guisa, caminé hasta el coche donde me pude lavar, gracias a que llevaba un bidón con agua. Después de ponerme ropa limpia, que llevaba en la maleta, pude continuar con mi trabajo, imaginando el revuelo que podía ocasionar, en el pueblo, pasado el tiempo, cuando alguien removiera la tierra y encontrase lo que cabía suponer indicios de un crimen y la consecuente búsqueda del cuerpo por la Benemérita.

¡Cómo me acordé durante un tiempo de los dichosos helados!

EL IDIOMA

A finales de los años 80, me dirigía de Madrid a Loja (Granada), junto a dos compañeros, a realizar un perfil geomagnético. A la hora de comer, paramos en el camino en un restaurante de carretera. Nos sentamos en una mesa e inmediatamente vino un camarero a atendernos diciendo:

—¿Van a tomar los señores el menú?

—Sí, ¿Qué tienen?

—De primero, hay *patatas con cardo*.

—Muy bien, hace mucho que no tomo cardo, y a mí me gusta mucho. Contestó un de ellos.

El otro dijo que también se apuntaba a lo mismo.

Como a mí no me seducía el cardo, pedí unas judías verdes.

A continuación, pedimos el segundo plato y nos dispusimos a esperar.

Unos minutos después, apareció el camarero con una sopera en dirección a nuestra mesa. Al verle, le interpelamos casi al unísono:

—Me parece que se ha equivocado de mesa. Nosotros hemos pedido patatas con cardo y usted trae una sopera.

—No señores, no me he equivocado. Esto es lo que me han pedido, dijo mostrándonos el contenido del recipiente.

Al ver la sopera, comprobamos que teníamos razón, pues traía patatas nadando en un caldo más bien clarito y así se lo hicimos saber al camarero. Éste, volvió a insistir en que eran *patatas con cardo*.

Después de mucho porfiar unos y otros, se aclaró la cosa. Todos teníamos razón, pues nos había jugado una mala pasada el deje de la gente del lugar. Aquí, al caldo le dicen *cardo*.

SIN ESPINAS

En el mes de abril del año 1975, me encontraba en Isla Cristina (Huelva), con el resto del equipo de geodesia, realizando el enlace de la Red Geodésica con Portugal.

Como estábamos hartos de comer en el hostel, casi siempre lo mismo, optamos por hacer una incursión por el pueblo y probar fortuna en otro “restaurante”.

Llegamos a un bar que ofrecía un menú del día y que por la pinta que tenía nos pareció aceptable. En su interior ya se encontraban varios paisanos comiendo.

Como éramos cinco o seis, y no había más que una mesa libre, nos quedamos un momento dubitativos. Eso no fue problema. El dueño, al vernos, hizo levantarse a dos que estaban próximos y juntó dos mesas, al tiempo que nos cantaba las excelencias de su oferta del día:

—Señores, hoy pueden comer ustedes un *guiso marinero de pescao sin espinas*. Ya verán qué bueno. El pescado era atún.

Aceptamos la sugerencia. Una vez servidos, nos pusimos a comer, mirando cada uno el plato de los demás pues, aunque el guiso de patatas estaba bueno, no éramos capaces de encontrar una sola tajada de pescado.

Cuando se acercó el camarero, se lo hicimos notar diciendo:

—¡Oiga! Espinas, ninguna, pero pescado, tampoco.

El dueño, que estaba “al loro”, dijo:

—No se preocupen. Eso lo arreglo yo. Y dirigiéndose a quien nos había servido: ¡Oye! Invita después a los señores a una copa de coñac.

Y así se zanjó la cuestión.

Por supuesto, ya no volvimos más. Es que, en esta vida, no hay nada como tener mano izquierda.

DOS RESEÑAS

Año 1974. Un cierto día, del mes de mayo, me encontraba en la habitación de un hotel en Puertollano (Ciudad Real), junto a otros tres compañeros del equipo de Geodesia. Ya había anochecido y estábamos comentando las incidencias de la jornada cuando, de repente, se abrió la puerta y apareció el jefe, novato en estas lides, responsable de aquella operación. Venía hecho un *ecce homo*, con la cara desencajada y lleno de tiznajos. Sin dar siquiera las buenas noches, se puso a gritar:

—¿Quién ha sido el hijo p... que ha hecho la reseña del vértice Sierra Gorda?

Al instante me di por aludido, pues era yo a quien se refería. No sé qué fue lo que me contuvo las ganas de lanzarme a por él, quizás fuera ver el lastimoso estado en el que se encontraba. Lo cierto es que no me moví pero le contesté:

—He sido yo, ¡qué pasa!

Me miró con los ojos desorbitados y comenzó a hablar de forma atropellada y trabándosele la lengua:

—Para subir, muy bien, no he tenido ningún problema porque cuando se llega al collado, según la reseña, hay que girar 90° a la izquierda (norte) siguiendo la cuerda del monte pero, a la bajada, al llegar al collado, he tirado otra vez a la izquierda y me he metido en un monte quemado con mucha maleza y he estado dando vueltas, perdido, casi media hora.

Todos le miramos atónitos, conteniéndonos la risa. Ahora nos dimos cuenta de que había echado en falta otra reseña para descender del vértice. ¿...?

VEINTE DUROS

A los pocos días de ocurrir la anécdota anterior, el mismo protagonista nos relató, durante la cena, el percance que le había ocurrido ese día y cómo buscó la solución. Sin duda, para que viéramos que él también sabía buscarse la vida.

“Iba en el coche, por un camino, en dirección al vértice “Pepito” cuando, de repente, empieza a salir humo por el motor. Paré inmediatamente y abrí el capó. Enseguida aprecié una fisura en un manguito del circuito de agua. Vaya fatalidad, pensé, pues no llevo ni gota de agua de repuesto. (*Nosotros pusimos cara de asombro*). Pero sí tenía una lata vacía. (*Menos mal, dijimos al unísono*). De manera que cogí la lata y miré a mi alrededor a ver si veía a alguien que me pudiera socorrer.

No lejos de allí, vi a un muchacho que estaba cuidando ganado. Me acerqué y le dije:

—Chico, ¿te quieres ganar veinte duros?

—¿Qué hay que hacer?

—Llenar esta lata de agua.

Me miró con un cierto recelo y me volvió a preguntar:

—¿De verdad que me da usted veinte duros si le lleno esa lata de agua?

—Naturalmente, tú la llenas y yo te pago.

El muchacho continuaba mirándome frunciendo el entrecejo y, acercándose a mí, cogió la lata y se retiró unos metros por delante del coche. Se agachó a la derecha del camino y llenó la lata en pocos instantes, en lo que a todas luces era un manantial. Yo, por supuesto, le pagué y además le di las gracias. ¿A que vosotros hubierais hecho lo mismo?”

Claro, claro, contestamos, conteniendo la risa.

EXCESO DE CELO

En el mes de diciembre de 1973, fui a comprobar unas visuales a un vértice geodésico que se encontraba junto a la antigua carretera de Madrid a Colmenar Viejo a la altura de Tres Cantos. Tenía el teodolito estacionado sobre el trípode y llevaba un rato trabajando cuando, de repente, sentí el frenazo de un coche a escasos metros de donde me encontraba. Acto seguido, descendió un paisano del vehículo y, empuñando una pistola, me conminó a que descendiera inmediatamente del vértice con las manos en alto. A mí, en ese momento, se me aflojaron las piernas y alguna otra cosa más.

Como el vértice estaba situado sobre un depósito de agua, la operación de descender del mismo manteniendo los brazos en alto era poco menos que imposible.

Así se lo hice saber al paisano y, tras intercambiar frases entrecortadas por los nervios, llegamos a un acuerdo. Yo descendería utilizando las manos pero sin dejar de mirarle ni intentar hacer ningún movimiento extraño.

Mientras descendía, me dijo que era teniente de la Benemérita, que me identificara y justificara qué leches estaba haciendo subido a un depósito de agua, apuntando con “ese extraño aparato”, después de lo que había ocurrido en Madrid (capital).

Le dije que no sabía a qué se refería, ya más calmado al saber que era de la Guardia Civil.

Me identifiqué y le mostré la autorización del Director General de la Benemérita que teníamos todos los que trabajábamos en Geodesia en el IGN.

Aquel papel, firmado de puño y letra, surtió un efecto disuasorio para su comportamiento. Me comentó que hacía una hora que el Presidente del Gobierno,

Luis Carrero Blanco, había sido asesinado como consecuencia de un atentado y que, por esa razón, todas las Fuerzas del Estado se encontraban en estado de alerta. Por eso, al verme desde la carretera y en lo alto, supuso que tenía un aparato para disparar. A lo que respondí en tono de sorna:

—¿Cohetes? ¿Misiles?

Ahí acabó nuestro encuentro, no sin antes indicarme que recogiera los aparatos y que me fuera de allí si no quería tener algún problema con alguien que tuviera tanto celo como él.

Por supuesto, recogí todo y me fui al IGN con el cuerpo todavía revuelto por el incidente.

¡VAYA CON EL T...!

Julio de 1973. Me desplazé a Arroyomolinos de León (Huelva). Tenía que reconocer dos vértices geodésicos de 3^{er} orden y contacté con un guarda forestal.

La falda de la sierra, por la que se ascendía al primero de ellos, estaba muy cerrada de monte bajo, por lo que tuvimos que emplear hoces para abrirnos camino. Esto retrasó bastante la operación, de manera que nos dio el mediodía, hora en que había que reponer fuerzas, cuando íbamos de camino al 2º vértice.

Estábamos algo cansados y el guarda comentó que a un cuarto de hora se encontraba un cortijo en el que vivía una viuda. Allí podríamos comer algo.

Una vez llegados al cortijo, saludamos a la señora, que por supuesto ya había comido y le pedimos algo de comer, a lo que se ofreció gustosamente, pues era conocida del guarda.

Después de repuestas las fuerzas, continuamos el camino.

A pesar del intenso calor reinante, la visibilidad era excelente y, como ahora el trayecto discurría por la cuerda de la sierra, pudimos charlar un poco.

El horizonte que se divisaba era amplísimo. En esto que el guarda me comenta:

—Hace bastantes años, vivían en el pueblo dos hermanos, uno listo y otro tonto, que se dedicaban a reparar los tejados de los cortijos de la sierra. El listo



cobraba todo el trabajo y luego le daba a su hermano algunas perras gordas para comprarse galletas, que era lo que más le gustaba.

Cierto día, que caminaban cerca de donde nos encontrábamos ahora, al ver la cantidad de terreno que se divisaba, el hermano listo le dijo al tonto:

—¿Te imaginas si todo lo que se ve desde aquí fuera mío?

Y el tonto le contestó:

—Sí, lo que se ve, *pa'ti* y lo que no se ve *pa'mí*.

¡Vaya con el tonto!

COSAS QUE PASAN

En el mes de octubre de 1979, fui a revisar la hoja del MTN nº 191 (SILVÁN), situada al S.O. de Ponferrada (León), para su posterior edición a escala 1/25.000.

Entre la documentación que llevaba se encontraba la edición de la hoja, a escala 1/50.000, del año 1935.

Cuál no fue mi asombro cuando, recorriendo la zona, me topo de narices con el castillo de Cornatel, de la Orden de Los Templarios y que, a pesar de estar en ruinas, era visible desde muy lejos, dadas sus enormes dimensiones.

Por más que miré en el mapa no encontré ningún signo ni referencia toponímica al citado castillo.

Por supuesto, lo situé.

Cuando volví a Madrid, hice el comentario a la jefatura, no entendiendo cómo una edificación de tales características había podido pasar desapercibida durante tantos años, a lo que, por toda razón, se me contestó:

¡Son cosas que pasan! ¿...?

INVITACIÓN

En abril del año 1974, fui desde Puertollano (Ciudad Real) a reconocer el vértice “Duranés” de primer orden.

En la falda del monte encontré un cortijo y después de hablar con el capataz del mismo, le pedí que me prestara un peón durante tres horas, pues tenía que subir diverso material hasta la señal geodésica.

Me llevó hasta una humilde casa dentro de la cortijada y me indicó la persona que me acompañaría. Le di las gracias y se fue.

El peón en cuestión se disponía, en ese momento, a comer con su esposa. Me preguntó que si había comido y, al responderle que no, me invitó a pasar a su casa y a compartir la comida con ellos.

Yo vi el cielo abierto, pues había estado en otro vértice con anterioridad y se me había hecho tarde sin probar bocado.

Pasé al interior de la casa y su esposa sacó una especie de perola con patatas que depositó encima de una deteriorada mesa. Me dieron una cuchara y me invitaron a iniciar la comida por el método de “cucharada y paso atrás”.

Cuando hubimos terminado las patatas, el peón se puso en pie diciendo:

—¡Ea!, cuando quiera empezamos la ascensión al monte.

Le dije que inmediatamente, no sin tener un cierto cargo de conciencia, pues el plato único que tenían lo habíamos compartido los tres.

¡Qué buena es la gente humilde!

En el mes de marzo de 1975, me encontraba en las marismas de Huelva, con otros compañeros, reconociendo la zona y buscando el emplazamiento de vértices geodésicos de primer orden, con el fin de ubicar unas torres metálicas de observación de 25 m de altura. Todo ello, con el fin de salvar la nula visibilidad a distancia de la citada zona debida a la gran profusión de pinos y eucaliptos.

En una ocasión, que llovía a mares, íbamos por una pista de tierra resbaladiza, en un todo-terreno, tratando de llegar a las inmediaciones del vértice Miramundo.

Debido a la lluvia y a la escasa, por no decir nula, información cartográfica actualizada de la zona, llegó un momento en que todo el terreno parecía igual y no éramos capaces de identificar nada.

De repente, vimos a lo lejos un bulto (que parecía un hombre) tirado en mitad de la pista que, a pesar de los reiterados bocinazos, no hizo intención de moverse.

Según nos fuimos acercando, pudimos apreciar que era un pastor. Paramos cerca de él y descendimos a ver qué le sucedía.

Al llegar junto a él, vimos que tenía parte de sus atributos viriles fuera de la bragueta. Nos costó bastante reanimarle. Se encontraba dormido y completamente empapado.

Después de un buen rato, conseguimos que se moviera, pero sin hacer intención de levantarse. Olía bastante a cazalla. Era sábado. Día de cobro (ya se sabe).



Cuando el hombre estuvo un poco más despejado, le preguntamos si conocía un lugar denominado “Miramundo”, a lo que contestó:

—Sí, lo sé, pero no se lo voy a decir.

Por más que lo intentamos no se avino a razones. Debía de estar molesto con nosotros por haberle interrumpido su “siesta”, así que le dejamos tal cual lo encontramos pero, eso sí, con “la herramienta” guardada y nos fuimos.

LA CORRIDA

En mayo de 1975, durante la observación de la red geodésica de primer orden, una de las referencias utilizadas estaba situada en el silo de Sanlúcar la Mayor (Sevilla).

Ya sabíamos que la frecuencia utilizada por los radioteléfonos que empleábamos para comunicarnos interfería las ondas de televisión, por lo cual, se intentaba que el tiempo de conexión fuera el mínimo posible, sobre todo cuando estábamos en zonas urbanas.

Pues bien, dicho esto, el compañero que iba a dar luz, desde el citado silo, tuvo la feliz idea de identificarse antes de iniciar el trabajo diario diciendo:

—Aquí el IGN transmitiendo desde lo alto del silo de Sanlúcar. Estamos realizando trabajos geodésicos, son las 6 de la tarde, disculpen las molestias. —Esto mismo lo repetía varias veces—.

A esa misma hora daba comienzo la corrida en la plaza de la Real Maestranza de Sevilla y los sanluqueños, muy aficionados a los toros, solo veían en los televisores un montón de rayas y la voz era sustituida por el mensaje citado que, para más inri, se entendía perfectamente.

Cada vez que se hablaba desde el silo volvían las rayas a los televisores.

Un grupo de paisanos, que se encontraba en un bar próximo al silo, fue hasta el mismo con ánimo de apagar esa maldita transmisión. Desde abajo imprecaron al topógrafo y le amenazaron con subir a por él si no dejaba de trabajar inmediatamente, que esas no eran horas y que lo mismo podía hacer más tarde pero cuando hubiera terminado la corrida.

Después de muchas explicaciones por una y otra parte llegaron al acuerdo de que le dejaban trabajar pero la radio se la quedaban ellos mientras durase la faena.

LA ESPERA

A finales del mes de julio de 1977, estábamos terminando la observación del vértice geodésico “Santiago” de primer orden, al sur de Valencia de Alcántara (Cáceres). Este vértice formaba parte del enlace con Portugal, que veníamos haciendo, en dirección Sur-Norte, desde Isla Cristina (Huelva), todo el equipo de geodesia, tanto español como portugués.

Ya había anochecido y sólo nos quedaban las últimas series a tres visuales. Ese día acabaríamos pronto y podríamos disfrutar del “ambiente” del pueblo.

Después de saludar por radioteléfono al equipo portugués y comunicarles que ese era el último día de observación por nuestra parte, colocamos un proyector enfocado hacia el vértice luso, tal como nos dijeron y comenzamos las observaciones.

En poco más de una hora habíamos concluido. Nos extrañaba que los portugueses no hubieran terminado también, pero ya sabíamos que sus operadores eran bastante más lentos que nosotros. De manera que nos dispusimos a recoger la tienda de observación y todo el material allí contenido, no sin antes preguntar a los del “fado” qué tal iban, a lo que contestaron que *moito ben*.

Después de recogida la tienda y como habíamos subido cena, nos tomamos un buen refrigerio. Eso sí, previamente les volvimos a preguntar si tenían alguna dificultad, pues sólo les quedaba esa visual con nosotros. Volvieron a contestar que no, que la luz se veía muy bien.

Después de otro buen rato, y muy mosqueados, se nos ocurrió apagar el proyector y volver a preguntarles.

La respuesta fue idéntica a las anteriores, y en ese momento fue cuando les dijimos que ¿a qué *carallo* de luz estaban mirando si teníamos el proyector apagado?

Después de un largo silencio por su parte nos pidieron *moitas* disculpas porque se habían equivocado de luz.

¿Equivocado?, si era el tercer día que nos miraban y la dirección era la misma. ¿...?

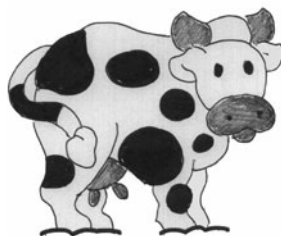
Según dijeron, los dos días anteriores habían estado observando a una luz que tenía una dirección muy próxima a la nuestra ¿...?

Les encendimos otra vez el proyector y vuelta a empezar por su parte, así que nosotros, para una vez que pensábamos llegar pronto a casa lo hicimos, por desgracia, a la hora de costumbre.

ESPEJISMO

Estaba trabajando en el Coto de Doñana, marismas del río Guadalquivir, en un día de mucha canícula. Quedé extrañado al ver, a lo lejos, algo que parecía un edificio elevado. Intrigado, me puse a andar en su dirección y, al cabo de un rato, el “edificio” se posó en el suelo. Era una vaca.

Desde este mismo Coto, otro compañero me comentó que se veían los grandes buques, entrando hacia Sevilla por el citado río, como si fueran volando a más de 50 metros de altura, cosa de la que pude dar fe unos días más tarde.



En julio de 1974, estando de regreso a Azuaga (Badajoz), después de comprobar la construcción del vértice de 2º orden Chinchín, advertí que a partir de la puesta del sol, aparecía por las inmediaciones una gran cantidad de conejos. Hecho este comentario a un compañero y gran cazador, me preguntó que si tenía que volver al vértice le avisara para contemplar el espectáculo.

Al día siguiente, me acompañó a última hora de la tarde, pudiendo comprobar que le había dicho la verdad. Eran cientos de conejos los que se dirigían a una pequeña pradera. Nunca había visto una cosa semejante.

De vuelta a Azuaga se hizo de noche y, cuando más tranquilos estábamos, cruzó una liebre por la carretera y se metió debajo del coche. Después del correspondiente frenazo, la cogimos pero había quedado muy malherida.

El compañero, como experto, la cogió y, sujetándola de las patas traseras, la remató de un hábil y certero golpe.

Yo, que me había situado a su costado, recibí un chorro de sangre en la pechera de la camisa como resultado del balanceo del animal al sufrir el impacto de su mano tras las orejas.

Con la liebre en el maletero del coche, y yo de semejante guisa, continuamos hasta la fonda a que nos dieran de cenar -que ya iba siendo hora-.

Entramos en el restaurante ante el asombro del personal que no dejaba de mirarnos, sobre todo a mí, ya que me suponían herido tras un accidente pero que había preferido ir primero a cenar y después a curarme. Todo un héroe.

...Y FIESTAS DE GUARDAR

En el año 1964, estando en el segundo año de la carrera, me propuso un compañero ir con él de aparatista, dado que tenía que hacer un trabajo de topografía en la provincia de León, aprovechando que tendríamos unos diez días de vacaciones con motivo de la Semana Santa. Accedí encantado, pensando en que, además de adquirir algo de experiencia, podría ganar algún dinerillo.

Aunque ambos teníamos carné de conducir, no disponíamos de coche, por tanto, el día señalado para el viaje hacia el lugar de trabajo, llegamos a la estación de autobuses con todos los aparatos y las maletas y nos subimos al que se dirigía a León.

Después de más de siete horas de viaje, y tras hacer un trasbordo, llegamos al atardecer a Vega de Monasterio, pueblo situado al noreste de la capital.

El pueblo, que no tendría más de doscientos habitantes (actualmente, apenas pasa de sesenta) carecía, como es lógico suponer, de una pensión donde alojarse, así que, después de hacer unas gestiones en el ayuntamiento, conseguimos una habitación con una cama grande para los dos, pero eso no fue problema porque, tanto mi compañero como yo, estábamos bastante delgados. El precio que ajustamos con el propietario fue de cincuenta pesetas (0,30 €) diarias por persona, pero que incluía un desayuno, un bocadillo para el mediodía y la cena. Nos pareció más que razonable, así que subimos las maletas a la habitación.

No tuvimos problemas a la hora de encontrar unos ayudantes para llevar las miras, con lo que al día siguiente comenzamos a trabajar en la zona, que se encontraba a un kilómetro y medio del pueblo, por lo que teníamos que hacer el recorrido a pie.

Estuvimos trabajando varios días, ya en la propia Semana Santa. El jueves santo trabajamos solo por la mañana y acordamos que el viernes lo haríamos mi compañero y yo solos, sin los peones, pues era una fecha de teórico “recogimiento”.

Llegado el viernes, por la mañana estuvimos trabajando con normalidad y después de tomar el bocadillo que nos habían preparado y descansar un poco, fuimos a una zona llana y próxima a la carretera N-625, que se dirigía a Cistierna, con el fin de medir una base por el procedimiento de medidas de ángulos sobre una mira horizontal INVAR de 2 m, Kern (un buen método para los topógrafos nostálgicos), similar a la que se muestra en la figura.

Estábamos en plena faena cuando advertí, a mis espaldas, un ligero ruido que se repetía cadenciosamente y que iba aumentando de forma progresiva. Miré hacia atrás y pude ver, a lo lejos, una persona de negro que venía en nuestra dirección montada sobre una bicicleta.



De momento no me causó extrañeza, pero transcurridos algunos instantes me fijé más en la persona y pude distinguir al cura párroco de Vega de Monasterio pedaleando.

Inmediatamente, pero con una voz que era poco más que un susurro, advertí a mi compañero:

—Cuidado, que viene el párroco en bicicleta y nos va a pillar. Mi compañero, que se encontraba de espaldas, se volvió, al tiempo que el citado párroco, que ya se había acercado, se echaba un poco hacia la cuneta y, deteniendo la bicicleta a escasa distancia de nosotros, nos saludó con un:

Buenas tardes. No estaremos trabajando ¿verdad?

—No, padre, no. Solo estamos comprobando un aparato para poder seguir trabajando mañana— respondimos casi al unísono.

—Eso espero, porque no habremos olvidado el día que es hoy, supongo.

—No, padre. Cuando terminemos nos pasaremos por la iglesia para asistir a los santos oficios.

—Muy bien, muy bien. Pues allí les espero. Buenas tardes.

—Adiós, padre, buenas tardes.*

Una vez que se hubo alejado, terminamos las mediciones, y, después de recogidos los aparatos nos dirigimos al pueblo andando pero con el susto en el cuerpo, pues “la broma” podía habernos costado todo lo que hubiéramos ganado trabajando esos días.

Por la tarde, y ya en la iglesia, nos hicimos ver por el cura, que nos dirigió una mirada de complacencia.

Dos días después dimos por finalizado el trabajo, de manera que, tomando el autobús de línea, nos trasladamos a León capital. Allí nos dirigimos a la estación de ferrocarril con objeto de adquirir los correspondientes billetes para Madrid.

Cual no fue nuestra sorpresa cuando nos dijeron que sólo había billetes para ir de pie, en el correo que procedía de Oviedo y que pasaría por León a las once de la noche.

Con resignación, y sin otra alternativa, procedimos a facturar todos los aparatos y las maletas, a excepción de un teodolito, para así por lo menos subir al tren descargados de bultos.

El billete de 3ª clase, de pie, tenía el mismo precio que el de sentado. En eso la RENFE no hacía distinciones (qué tiempos aquéllos) y sin derecho a reclamación alguna, o lo tomas o lo dejas.

Cuando por la noche llegó el tren correo, venía hasta los topes, pues era la vuelta de semana santa pero no se había reforzado ningún convoy. Los pasillos estaban llenos de gente a la que había pasado lo mismo que a nosotros, que no tenía asiento. Algunos militares ya estaban acostados y dificultaban el paso por aquéllos. Menos mal que en un compartimento próximo viajaba, de vuelta hacia Madrid, Diego, un compañero de curso que era natural de Infiesto (Asturias), y

** Esta situación, que en la actualidad carecería de importancia, en el año 1964 la tenía y mucho, pues no se podía trabajar los domingos ni fiestas de guardar a no ser que se dispusiera de un permiso especial. El quebrantamiento de esta prohibición podía suponer una multa y el correspondiente arresto hasta que se hubiera satisfecho. Mucho después de este hecho, en el año 1973, trabajando para el Instituto Geográfico, he tenido que echar mano de una autorización, expedida por la Dirección General de la Guardia Civil, y mostrarla a requerimiento de agentes de la Benemérita, al ser sorprendidos trabajando en un día festivo, para evitar ser conducidos al cuartellillo más próximo.*

que terminaba sus vacaciones. Se alegró mucho de vernos y, gracias a él, pudimos turnarnos en la ocupación de su asiento para descansar un poco, pues el viaje duraba toda la noche.

Llegamos a Madrid alrededor de las ocho y media de la mañana. Después de recoger todo lo facturado, cada uno nos dirigimos a nuestras respectivas casas, no sin recordar al despedirnos que de buena nos habíamos librado en el encuentro con el cura.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice, después de dar un beso a mi madre, fue meterme en la cama y dormir como un lirón hasta el mediodía.

Unos días más tarde, el compañero de trabajo me liquidó el mismo abonándome mil pesetas (seis euros). En esta cantidad ya estaban descontados todos los gastos, que hasta entonces habían corrido casi todos por su cuenta. Yo quedé encantado, pues suponía una buena inyección para mi maltrecha economía.

EXPERIENCIA (¿para quién?)

No puedo decir que haya tenido mucha suerte con los jefes que me han tocado, al menos en lo concerniente al trabajo de campo, durante las campañas de geodesia en los años de mi permanencia en ese Servicio.

En abril del año 1974, se encontraba un equipo, al que pertenecía, reconociendo vértices geodésicos y preparando la zona para la posterior construcción de señales.

Cierto día, a finales del mes, y después de una temporada de gran sequía, nos encontrábamos al suroeste de Andújar (Jaén), intentando establecer unas visuales y, por decisión del jefe (que se suponía que era el experto), esperamos, cada uno en su respectivo lugar a que anoheciera, para así poder utilizar los focos de los que disponíamos.

Yo, por mi parte, avisé por radio de que se acercaban unas nubes muy negras por el suroeste y que lo mejor sería ir recogiendo, en prevención de la que se pudiera liar.

Otros compañeros comunicaron por radio situaciones parecidas a la expresada por mí. No obstante, el jefe dijo que esperaríamos un poco más.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando empezó a llover con ganas, así que me dispuse a recoger a toda prisa, no sin antes comunicar por radio mi decisión de dirigirme al hotel, pues no tenía sentido permanecer allí más tiempo.

La lluvia arreciaba y cuando alcancé mi vehículo ya estaba completamente empapado. Volví a encender la radio y sólo conseguí conectar con uno de mis compañeros, que también me dijo que estaba recogiendo y que nos veríamos más tarde en el hotel. Me despedí de él y apagué la radio.

Fuimos llegando al hotel todos los componentes del equipo; bueno, todos no, porque faltaba el jefe, que siempre iba con un vehículo Land Rover del PMM

(Parque Móvil de Ministerios), un modelo igual al que se muestra en la fotografía inferior, y acompañado del conductor del mismo.

En principio no nos extrañó su tardanza pues ya que supusimos que se habrían parado por el camino a tomar algo, pues era hora de cenar.

Uno de los compañeros sugirió que nos acercáramos a Andújar —el hotel en el que nos hospedábamos se encontraba en las afueras y a unos tres kilómetros, en la carretera de Córdoba—y cenar algo en plan de tapeo, aprovechando que allí estaban de fiestas.



Sugerencia que fue inmediatamente bien recibida. Así que, dicho y hecho, cenamos en Andújar y volvimos al hotel unas tres horas más tarde. No paraba de jarrear agua y, cual fue nuestra sorpresa cuando advertimos que en el aparcamiento no se encontraba el Land Rover. Preguntamos por el jefe y el conductor en recepción y nos indicaron que no tenían noticias de ellos.

Tras unos instantes de consulta entre nosotros, sacamos una radio e hicimos repetidas llamadas, a ver si, por casualidad, se encontraban a la escucha. Transcurrido un buen rato en el intento, y como no pudimos establecer comunicación alguna, procedimos a preparar un plan e ir en su busca, no sin antes ser advertidos por un compañero que el jefe le había dicho, antes de despedirse, que había ido por un camino muy malo y que la vuelta la iba a efectuar por otro (éste era desconocido por nosotros).

Ya había pasado la medianoche cuando subimos en dos coches los cuatro compañeros y comenzamos la búsqueda en dirección al lugar desde el que se suponía que había partido el jefe con el conductor.

La distancia desde el hotel era de unos cuarenta kilómetros, eso sí, por carreteras secundarias. Cada vez que pasábamos cerca de algún cerro, descendíamos del vehículo, subíamos al mismo, ya con bastante dificultad, pues el agua caída había convertido cualquier camino en un lodazal, e intentábamos conectar con él por radio, cosa que no logramos.

Ante esta tesitura, acudimos a varios cuartelillos de la Guardia Civil, por si tenían conocimiento de algún accidente en las últimas horas. Negativo.

Por más que intentamos la comunicación por radio, ésta no fue posible. Localizamos el camino por el que dijo que iba a volver y allí no se apreciaron trazas de que hubiera pasado un todo-terreno.

Nos dirigimos directamente hacia su vértice, pero como era una noche muy cerrada y no paraba de llover, optamos por esperar a que despuntara el día, guarecidos en una estación de servicio, para continuar la búsqueda.

Pasaron varias horas y, al empezar a rayar el alba, reanudamos la faena. Por fin, localizamos el Land Rover en un lugar del todo impensable, pues creíamos que el camino en el que estaba situado el vehículo no era, ni el que habían utilizado en la ida ni el que se suponía que iban a utilizar en la vuelta. ¿Se habían perdido? Eso sí, estaba casi totalmente metido en barro, hasta más de media rueda, y se apreciaban rodaduras de los intentos de salir de allí y que, al no conseguirlo, le habían introducido más y más en él.

En las proximidades encontramos una edificación que, al parecer estaba habitada. Llamamos a la puerta y tardaron en contestar, pero al fin apareció un hombre de mediana edad asomado a una ventana al que preguntamos si sabía algo de los ocupantes del Land Rover, que se encontraba a unos ciento cincuenta metros de la casa y que eran compañeros nuestros. Le explicamos quiénes éramos y el tipo de trabajo que estábamos realizando y que no sabíamos nada de ellos desde la noche anterior.

Después de oírnos, advertimos que se ponía algo nervioso mientras decía tartamudeando un poco:

—Es que yo, a las horas en las que oí aporrear la puerta, porque no saben ustedes con qué fuerza lo hicieron, lo menos que pensé es que fueran quienes dicen ustedes. Yo tuve miedo (la verdad es que era comprensible por lo apartado que se encontraba la casa y la hora tan intempestiva) y no les quise abrir.

Uno de los compañeros le dijo que si no conocía las ordenanzas del rey Carlos III, aún vigentes, que obligaban a cualquier paisano a socorrer a otro. A lo que el hombre dijo que él nunca había oído hablar de esas *andanzas* del rey. Nuestro compañero le explicó que el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento, a lo que el hombre aún puso más cara de extrañeza. Cogimos por un brazo al compañero y nos volvimos a los coches, pues de allí no íbamos a sacar nada en claro, no sin antes echar otra visual al todo-terreno, reafirmandonos en la mala situación y dificultoso rescate en que se encontraba. Sin duda, esa operación requeriría de un tractor potente.

Una hora después llegamos al hotel (serían las once de la mañana), y nada más entrar, el recepcionista nos dijo que hacía unos tres cuartos de hora que habían llegado nuestros compañeros, totalmente empapados y con cara de agotamiento.

Subimos inmediatamente a la habitación del jefe, llamamos a la puerta y al poco nos recibió en batín mientras nos explicaba, atropelladamente, que al volver del vértice, ya de noche cerrada, se habían equivocado de camino, luego se atascaron con el Land Rover, no les quisieron auxiliar en una casa, por más que llamaron con insistencia para que les abrieran ¿? y que, a continuación, cogiditos de la mano y lloviendo a mares, emprendieron la vuelta andando hasta divisar una población donde pudieron pedir un taxi y volver al hotel.

Nosotros le relatamos la nohecita toledana que habíamos pasado buscándolos y preocupados, a lo que él contestó, al tiempo que se subía el puente de las gafas:

—Bueno, ahora mismo nos volvemos a casa (Madrid), porque con la que está cayendo y según las adversas previsiones meteorológicas, aquí no podemos hacer nada, y esto que ha ocurrido, que nos sirva de experiencia.

¿Experiencia, para quién? Creo que había trastocado el pronombre personal.

P.D.: Como el jefe no tenía coche, mandó a uno del equipo que acompañara al conductor al lugar en el que se encontraba el Land Rover, que se procuraran un tractor en las inmediaciones para desatascar el vehículo y que el conductor se fuese con el mismo al parque móvil de Córdoba hasta nueva orden. Quince días después volvimos a la zona el equipo habitual y continuamos los trabajos. Fin de la historia.

¿GEÓGRAFO?

Esta anécdota le ocurrió a un jefe que tuve durante la campaña de geodesia del año 1973. Sí, el mismo de la anécdota de la reseña doble.

Aprovechando que todo el equipo estaba en la provincia de Huelva, llevó a su familia a la playa de Mazagón, donde alquiló un apartamento.

A los pocos días de estancia, su esposa entabló relación con una mujer que se ponía a su lado en la citada playa. Después de hablar de un sinfín de cosas, salió en la conversación la profesión de sus respectivos maridos. La otra, al enterarse de la que tenía mi jefe, le comentó:

—¡Uy, qué bien!, a lo mejor puede echar una mano a mi nena, pues estos son tiempos difíciles y nos tenemos que ayudar unos a otros.

La esposa de mi jefe, algo perpleja, no acertaba a saber de qué forma su marido podía ayudar a su nena.

Al día siguiente se lo comentó a mi jefe y éste quedó igual de sorprendido.

Ya en la playa, la otra señora les dijo que su nena vendría hoy con su padre a pasar el fin de semana con ella, así que la podrían conocer y hablar de su profesión.

Mi jefe y su esposa seguían cada vez más perplejos e intrigados y deseando ver a la nena.

Efectivamente, dos horas después apareció un señor de mediana edad de cuyo brazo venía colgada una joven de las denominadas, ahora, “pibón” y que por entonces se decía “real hembra”, pero no se divisaba ninguna nena.

La otra señora les hizo señales, indicando su lugar en la playa, al tiempo que decía:

—Ahí están, ahí viene mi nena.

Por más que mi jefe y esposa miraban en la dirección indicada por la señora, no veían a ninguna nena por lo que, al hacer un comentario al respecto, la otra señora les respondió:

—Sí, sí, es la que viene del brazo de mi marido. Es que nosotros, a nuestra hija, que es única, siempre la hemos llamado nena y a lo mejor a ustedes les ha parecido que tenía que ser una niña pequeña, pero ya verán qué simpática es y cómo enseguida entabla conversación con usted (se refería a mi jefe) y hablan de sus cosas.

Mi jefe, que todo hay que decirlo, nunca se distinguió por tener lo que se conoce en la vida como “mundillo”, seguía perplejo y deseaba que llegara la nena, a ver en qué acababa todo aquello.

Al poco rato, y una vez hechas las presentaciones, la señora madre le dijo a su hija:

—Mariví, da unas vueltas para que te vea este señor cómo te mueves.

La esposa de mi jefe pensó: —esta situación se está poniendo cada vez más embarazosa. Pero por aquello de guardar las reglas de educación se abstuvo de hacer comentario alguno.

A mi jefe, a todo esto, un color se le iba y otro se le venía y, apartando los ojos de la tal Mariví (muy a su pesar) y mirando extrañado a su esposa, la interrogaba sin palabras levantando las cejas repetidas veces.

Haciendo caso a su madre, la nena se apartó del grupo y, dirigiéndose a una zona en la que la arena estaba más compactada, se apoyó en un pie (cual cigüeña) e hizo unos giros emulando a Paulova. Hecho lo cual, y dirigiéndose a mi jefe le dijo:

—¿Qué tal le ha parecido el giro? La verdad es que este no es el piso adecuado para hacer una prueba, pero si usted quiere podemos ir al apartamento y allí verá de lo que soy capaz.

Mi jefe y su esposa, no salían de su perplejidad ni de su asombro, pues no acertaban a saber por qué motivo había hecho la nena ese giro ni, por consiguiente, el comentario de después.

La señora aclaró:

—¿Pues no me dijo que su marido era coreógrafo? Mi nena ha terminado de estudiar ballet con muy buena calificación y está esperando una oportunidad, y como me dijo la profesión de su marido, pues yo he creído oportuno no desaprovechar la ocasión y ver si puede hacer algo por mi nena. A lo que la esposa de mi jefe contestó:

—Pero, yo le dije que mi marido era geógrafo, no coreógrafo.

—Perdonen ustedes el malentendido, son cosas que pasan —respondió la señora.

A partir de ese día, se situaron en la playa muy lejos unos de otros, no fuera que surgiera otro malentendido y se originara otra situación embarazosa.

IDIOSINCRASIA

En el año 1967, me encontraba residiendo en Pamplona (Navarra), barrio de San Juan, pues estaba realizando el apoyo fotogramétrico de la citada ciudad con el fin de obtener, posteriormente, el plano a escala 1:500.

En el citado barrio frecuentábamos, otro compañero y yo, una cafetería recién inaugurada y con un estilo muy moderno. Los propietarios eran dos hermanos que habían vuelto de los Estados Unidos, donde, durante veinte años, habían estado ejerciendo el oficio de pastores de ovejas. Este oficio, realizado muy bien por cierto en todo el país vasco, incluida Navarra, era muy apreciado por los americanos que, venían aquí a contratar a los pastores y, además, pagaban muy bien, según contaban los hermanos.

Como mi estancia en Pamplona era larga, dio tiempo a contar más de un chascarrillo en la citada cafetería. Aquí solíamos ir a tomar unas cervezas antes de ir a cenar a otro establecimiento próximo, pues, como la cafetería solo ejercía como tal y, en todo caso, para comer solo te podían hacer un sándwich, yo, por entonces, aunque pesaba veinte kilos menos que ahora, necesitaba cenar en condiciones.

Hablando y hablando, sobre todo con uno de los propietarios, pues el otro hermano era más retraído, salió a relucir el carácter tan, a nuestro juicio, reservado o por mejor decir, poco comunicativo que habíamos observado, especialmente en las zonas de montaña, tanto de Navarra como de Guipúzcoa, que eran las que conocíamos.

Joseba, que así se llamaba nuestro interlocutor (digo llamaba, porque debido a la diferencia de edad, si viviera, ahora tendría más de cien años), sonrió al momento y nos dijo:

—Bueno, es verdad, creo que la gente de la montaña es como es, y creo que lo que os voy a contar es una buena prueba de ello.

Hizo una pausa y comenzó el relato.

—En una ocasión, no hace mucho tiempo, estaban dos hermanos cortando árboles en el monte y, después de dos días, advirtieron la presencia de un paisano de su pueblo que, dirigiéndose a ellos dijo:

—Oye, creo que deberíais bajar al pueblo, pues se ha muerto vuestro *aita* (padre).

Al cabo de un buen rato de diálogo entre los hermanos, uno de ellos dijo:

—Oye, Iñaki, —dijo el pequeño— mejor bajas tú, que a mí me queda mucho por cortar y voy algo retrasado.

Después de unos minutos, Iñaki, dirigiéndose a su hermano, le indicó:

—Vale, pues, Patxi, ya me acerco yo al pueblo a ver qué le ha pasado al *aita*.
Cuando termine volveré y ya te contaré, pues.

Iñaki se despidió de su hermano y, junto al paisano que les había avisado, se dirigió al pueblo.

Patxi, mientras tanto, se quedó talando árboles y, al cabo de dos días, sin parar de darle al hacha, llegó su hermano Iñaki que, inmediatamente, y sin decir más que *egunon* (buenos días), cogió el hacha y se puso al tajo, como si no se hubiera ausentado.

El recién llegado se encontraba a pocos metros de su hermano y transcurridos unos diez minutos, sin pronunciar palabra, Patxi dijo:

—Iñaki —sin tan siquiera mirarle.

—Qué, —respondió, pasado un tiempo.

—¿Qué pasó con el *aita*, pues? —dijo después de un rato y si dejar de golpear el hacha Iñaki.

Continuaron talando los dos hermanos, como si tal cosa y, después de transcurrido un buen rato, volvió a preguntar Patxi:

—¿Y de qué lado cayó, hacia la iglesia o hacia la casa?

—Pues hacia la iglesia —dijo Iñaki, ¿por qué lo preguntas?

—Menos mal, respondió Patxi, porque si cae hacia el huerto nos jode las berzas.

Para que veáis, continuó Joseba, el propietario, lo suyos que son esas gentes.

La verdad es que quedamos bastante sorprendidos con el símil y nos despedimos de él hasta el día siguiente.

LA CARRASCA

En el mes de julio, del año 1973, estaba residiendo en el pueblo de Aracena (Huelva), famoso, entre otras cosas, por poseer una cueva de estalactitas y estalagmitas espectacular que se encuentra abierta al público desde el año 1914 (según cuentan fue la primera cueva turística de España), así como un jamón ibérico para chuparse los dedos. Desde aquí me desplazaba por la zona para reconocer y construir vértices geodésicos de 3^{er} orden.

Cierto día me encontraba en uno situado dentro del término municipal de Higuera de la Sierra, en el que, por cierto, al pasar por su casco urbano, pude observar cómo estaban llevando el agua potable a las casas, pues hasta entonces solo había agua corriente en una fuente pública situada junto al lavadero municipal. Es que en el sur siempre fueron con algo de retraso.

Advertí, una vez llegado al vértice, que próximo a él había una carrasca (encina pequeña) que impedía la visual en dirección oeste. Tomé nota de las dimensiones de la misma e hice una fotografía. A continuación me dirigí al cortijo, situado en la entrada de la finca, para recabar información. Después de hablar con el guardés, al que ya conocía del día anterior, le pedí el nombre y la dirección del propietario, que resultó ser Pablo Rincón Cañizares, ganadero de reses bravas y gran terrateniente, con el fin de ponerme en contacto con él y obtener el permiso para la tala de la citada carrasca.

Una vez obtenidas las señas y de charlar un rato con el guardés, me dirigí a Aracena para, desde la central de teléfonos, poner una conferencia y tratar de comunicarme con el ganadero.

Lo logré, tras más de media hora de espera. Supe que se encontraba de viaje en Francia y que, hasta finales de la siguiente semana, no volvería a España. Le expliqué el motivo de la llamada a mi interlocutor, al parecer era su secretario y que amablemente me indicó que no me preocupara, que en cuanto volviera don

Pablo le pondría al corriente de todo. Diciéndole dónde me alojaba, me despedí agradeciéndole la gestión.

Los días siguientes continué con mi trabajo por la zona y cuando en alguna ocasión pasaba por las inmediaciones del cortijo, aunque me tuviera que desviar algo, visitaba al guardés y le preguntaba por don Pablo, por si hubiera vuelto.

En una de esas ocasiones le comenté que allí, en el cortijo, debía llevar una vida tranquila y sana y, sobre todo, que podía criar conejos y gallinas y de esa forma comer huevos de los llamados de gallina “pica mierda”.

—No, señor, no —me contestó. El amo no me deja tener gallinas ni ningún otro animal, porque dice que entonces le comerían su grano.

En ese momento me hice una idea de con quién me las habría de gastar.

Después de varias conferencias telefónicas, en las que siempre me dijeron que don Pablo iría por la finca en unos pocos días, la verdad es que yo estaba empezando a impacientarme, pero teníamos orden de no cortar una rama sin la correspondiente autorización.

Llegó el día en el que, por fin, me había de ver las caras con él. Quedamos en uno de los mejores bares de Aracena y allí me dirigí antes de la hora de la cita.

Aunque no le había visto en mi vida, cuando llegó no tuve ninguna duda. La pinta de señorito andaluz, pero con detalles camperos, era inconfundible.

Me presenté, y, tras un apretón de manos y pedir al camarero que nos pusiera unas cervezas, pasamos a hablar de la carrasca que entorpecía una visual desde un vértice geodésico ubicado en su finca. Le mostré también la foto realizada.

—Ah, sí, ya recuerdo cuál es. Sí, me suena que delante hay unos arbustos. Bueno, pero habrá que valorarlos, y eso tendrá una indemnización.

Puse cara de extrañeza, pensando en la ridícula cantidad que podría ofrecerle, sin imaginar que un hombre tan “rico” (unos días antes había estado en otra finca cuyo propietario era Carlos Melgarejo Osborne* y que, según él, la había comprado a don Pablo por noventa millones de pesetas) fuera a pedir una indemnización para autorizar la tala de una carrasca.

Estuvimos un buen rato en un tira y afloja respecto al valor de la citada carrasca. Para mí carecía de valor y así se lo hice saber. No obstante, llegó un momento en el que se negó a dar su autorización si no se le indemnizaba allí mismo.

Viendo que la cosa se estaba complicando opté por hacer uso de la “mano izquierda” y le ofrecí una cantidad razonable, explicándole el trastorno que causaría cualquier tipo de retraso en la tala, pero que, tarde o temprano la Administración la efectuaría, haciendo uso de una ley de protección de señales geodésicas, aunque eso era algo que no le convenía, ni al Estado ni a él.

Tras seguir el “trato” unos minutos más, y después de un absurdo regateo, llegamos al acuerdo de indemnizarle con 400 pesetas (ahora serían 2,40 €). Había sido más el ruido que las nueces.

Preparé inmediatamente el correspondiente recibo, no fuera a ser que se arrepintiera, y le aboné el dinero.

No bien hubieron llegado las 400 pesetas a sus manos cuando llamó al camarero y le dijo:

—Fulano, ponnos otras dos cervezas y unas gambas, que esto hay que celebrarlo. Es la primera vez que el Estado me paga algo, siempre ha sido al revés —esta última frase la pronunció elevando el tono de voz, para que se enterara bien la clientela del bar.

Yo continuaba estupefacto y veía que las gambas me iban a sentar mal si continuaba allí más tiempo, de manera que, pretextando otra cita, me despedí de don Pablo diciendo: hasta otra. Aunque para mis adentros pensara: hasta nunca.

* Carlos Melgarejo Osborne, del que tengo un grato recuerdo, pues el trato recibido en su finca fue exquisito, dando toda serie de facilidades para la construcción de un vértice en una finca de su propiedad, falleció por accidente unos años después en el transcurso de una cacería en Kenia. Al parecer le explotó una mina. Recuerdo que en su cortijo tenía disecada una cabeza de jabalí albino que, según me contó, había sido abatido por su esposa (una Terry) con lanza, modalidad empleada por esos años en el coto de Doñana, eso sí, solo por unos pocos privilegiados.

MUGA 90

En el año 1966 estaba trabajando en la que, posiblemente, fuera por entonces la mayor empresa dedicada a los trabajos de fotogrametría aérea (T.F.A) y me encontraba residiendo en el pueblo de Santesteban/Donztebe (Navarra).

Cierto día del mes de octubre o finales de septiembre, partí con el todo-terreno de la empresa, un jeep Willis Viasa de 40 CV, análogo al que se muestra en la fotografía y que disponía de reductora y tracción a las cuatro ruedas, para reconocer un vértice geodésico que, casualmente, se encontraba delimitando la frontera entre España y nuestra “querida” Francia. Exactamente coincidía con la muga 90, o sea, el mojón de la línea límite de separación de ambos países.

Con la antigua reseña me dirigí por la carretera que bordea el río Bidasoa, mientras admiraba el bello paisaje. El tráfico, por entonces, era muy escaso y eso, unido a la poca velocidad que alcanzaba el vehículo, me permitía gozar del espectáculo.

Una vez abandonada la carretera, y tomado el camino correcto, pude apreciar que éste se hacía cada vez más angosto, no en vano me estaba adentrando en zona montañosa, además de no estar cuidado, lo que hacía suponer que era poco transitado.

Al cabo de una media hora, divisé a mi derecha una casa de campo con pinta de ser también venta. Estuve tentado de pararme, pero como era una hora temprana, proseguí camino hacia el vértice.

Pasados unos 500 m. de la citada venta, y viendo que podía tener dificultades para continuar con el vehículo, descendí de él e hice una exploración a pie.



Efectivamente, unos metros más adelante, pasada una curva, había un paso muy estrecho sobre un arroyuelo que cruzaba el camino y que, además, lo hacía bajo unas ramas no muy gruesas.

Ante esa dificultad, saqué un hacha, que siempre portaba en el coche, y traté de mejorar el asentamiento del ramaje sobre el arroyuelo.

No había terminado de cortar la primera rama, de un arbusto próximo, cuando sentí una voz relativamente cerca de mis espaldas, lo cual me sobresaltó:

—Buenos días, ¿qué hace usted por estos lugares?

Me volví, de repente, y me encontré de cara a una patrulla de la Guardia Civil de las que se dedican a vigilar la frontera, según supe después. Eran sólo dos e iban, por supuesto, armados. Uno de ellos aparentaba unos cuarenta años y portaba galones de cabo. El otro era muy jovencito.

—Pues intentando cortar una rama gruesa para reforzar el paso del regato, que creo que no soportará el peso del jeep — respondí.

Conociendo la forma de actuar de la benemérita, y antes de que ellos comenzaran su interrogatorio, comenté hacia donde me dirigía y qué clase de trabajo estaba realizando. También les mostré un escrito de la Diputación Foral de Navarra, en la que se exhortaba a las autoridades a proporcionar cualquier tipo de ayuda que les fuera solicitada por parte del portador del citado escrito, en el que figuraba, como es lógico en este caso, mi nombre. Una vez mostrado mi carné de identidad, y comprobado el documento, me dijo el cabo con cara de extrañeza:

—Pues sí que anda usted lejos de su casa. Como bien dice usted, creo que ese ramaje no soportará el peso del vehículo. Le voy a decir que es la primera vez que veo un vehículo de motor por este camino, únicamente pasa algún carro. Esta es una zona en la que, las pocas gentes viven diseminadas y, por las dificultades del terreno, los accesos a la mayoría de las casas se hacen a pie. Aquí, cuando alguien fallece, se baja a hombros el féretro hasta el camino principal.

Estuvimos un rato de charla, echamos un cigarro y, al decir que me extrañaba la corta edad de su compañero, me explicó que, en realidad, estaba haciendo el servicio militar pues, por ser su padre también guardia civil, se le daba esa opción. Así podía ganar un dinerillo y, cuando terminara, podría optar a quedarse en la Benemérita, eso sí, después de pasar un examen y varias pruebas — imagino que serían sencillas.

Una vez cortada la rama, la coloqué junto al ramaje y arreglé un poco el paso.

Confiando en la potencia del vehículo y sus especiales características, les dije que iba a intentar pasar, pues de lo contrario, y dado que aún me faltaba mucho recorrido hasta el vértice, no podía continuar a pie, pues no llegaría a tiempo. No obstante, les pregunté si más adelante me iba a encontrar con dificultades parecidas en el camino. A lo que el cabo contestó que éste, más adelante, se convertía en una trocha ancha, pero que creía que con el jeep no tendría problemas.

—Bueno, pues dicho y hecho— dije despidiéndome de ellos.

—Adiós y suerte— replicaron.

—Espero estar de vuelta antes de que anochezca— añadí.

Me subí al jeep y arranqué el motor. A continuación pasé el arroyuelo con mucho cuidado, oyendo, al pasar las ruedas traseras, un chasquido que no me gustó nada, sobre todo pensando en que, a la vuelta, podría tener serias dificultades en este sitio.

Continué avanzando por el camino y, tal y como me advirtió la patrulla, no volví a tener problemas.

Después de una media hora, pasé la imaginaria frontera entre los dos países y me llegué hasta una pequeña casa que estaba situada, según la reseña, en la misma falda del vértice. Dentro de aquélla encontré a un hombre de unos cincuenta años, que me dijo, tras saludarle, que vivía solo. Era español, pero la casa estaba en terreno francés y que le quedaba más próximo un pueblo del país vecino, al que iba de vez en cuando a efectos de adquirir algún suministro, entre los que se encontraba el gas butano que, como pude ver por el tipo de bombona, era completamente distinta a la de España.

Tenía, el buen hombre, un rebaño de cabras y se dedicaba a su cuidado y a fabricar queso y, según él, así era feliz. Le agradó recibir la visita de un compatriota, pues hacía mucho tiempo que no practicaba el lenguaje, a excepción del que ejercía con las cabras a las que, según él, conocía por su nombre e incluso el parentesco entre ellas. Esta faceta pastoril ya la había oído en más de una ocasión con anterioridad, pero con ovejas.

Cuando le expliqué mi misión se ofreció a acompañarme, pues eso, para él, no suponía ningún esfuerzo y le serviría de distracción.

Efectivamente, nos pusimos a ascender hacia el vértice, de nombre Iparla. Siempre iba detrás de él, a pesar de la diferencia de edad. Cuando llegamos al

mismo, observé que coincidía con la muga 90, o sea, uno de los mojones que marcan la delimitación de la frontera entre ambos países — como ya expliqué.

La vista desde allí era impresionante, pues, hacia Francia, el monte descendía con una pendiente algo acusada, pero, hacia la parte española, había un gran escarpado sobre el que merodeaba un gran número de buitres, que parecía que estaban haciendo prácticas de vuelo, por la majestuosidad con la que se movían por el aire.

Descendimos, transcurrido un rato, y, ya de vuelta en su casa, degustamos un poco de queso, eso sí, con pan francés; riquísimos los dos — era mi primer bocado desde el desayuno. Para beber no había más que agua, pero que también estaba realmente buena.

Después de charlar un ratillo, en el que me enteré de que unos años antes, durante la presidencia del general De Gaulle en el país vecino, éste dictó una normativa por la que cualquier casa de campo habitada, por muy alejada de un centro urbano que estuviera, tendría que tener acceso por una vía de comunicación accesible a un vehículo de motor de cuatro ruedas. Al oír esto, sentí una gran envidia por los gabachos y pensé que, a lo mejor, a nuestro caudillo también se le podría ocurrir una idea parecida.

Me despedí:

—Cuidese— le dije, al tiempo que nos dábamos un fuerte apretón de manos.

—Bueno, pues hasta otra, si es que le tercia volver por aquí.

Arranqué seguidamente el jeep y reanudé el camino de vuelta, apreciando que el sol se estaba poniendo muy rápidamente y oscurecía más pronto de lo que hubiera deseado.

Según me iba aproximando al lugar en el que tuve el tropiezo por la mañana, me empecé a intranquilizar, pensando en que cuando llegara, a esa hora no habría nadie para echarme una mano, en el caso, más que probable, de tener dificultades al pasar el pequeño vado.

Una vez llegado a él, descendí del vehículo y lo examiné, advirtiendo que el chasquido oído al pasarlo en la ida se debía a que, prácticamente, se había “chascado” lo que había medio reparado anteriormente. No obstante, y confiando en el vehículo, me subí a él y me dispuse a correr el riesgo, pues allí no me podía quedar. Hecho lo cual, avancé tan solo unos metros y noté cómo se hundían las ruedas delanteras, quedando literalmente colgado y con el culo del coche en pompa.

Descendí y observé que la situación, aparte de algo cómica, era muy complicada de solucionar, al menos por una sola persona.

No habían transcurrido más de dos minutos cuando oí una voz conocida a mis espaldas, que decía:

—Hola, ya ha vuelto usted. Aunque por lo que veo se ha atascado, y de qué forma— era la patrulla de por la mañana. Hace un par de horas que estamos apostados ahí enfrente, esperando su regreso, y ha valido la pena, pues vemos que nos va a necesitar.

Aunque agradecí su buena disposición a echarme una mano, no alcanzaba a ver de qué modo podría hacerse realidad, pues dada la posición en la que se encontraba el vehículo, pensaba que nada podríamos hacer sólo entre los tres.

—Tranquilo, ya verá como este coche le sacamos de aquí. Vamos a ir a una venta que se encuentra más adelante, a medio kilómetro, la ha tenido que ver usted esta mañana, y allí nos podrán auxiliar.

—Ah, sí. En esa estuve tentado de entrar y tomar un refrigerio— respondí.

—Pues vamos allá, que se nos está haciendo de noche.

Nos dirigimos a la venta. Por el camino, les comenté dónde había estado y a quién me había encontrado. Dijeron que le conocían muy poco, porque llevaba una vida solitaria y apenas se relacionaba con nadie. Por aquí se le conoce como el francés.

Una vez llegado a la venta, pasamos al interior, al tiempo que dábamos las buenas noches a los tres parroquianos que allí se encontraban, pues por el camino había anochecido totalmente, eso sí, había una luna bastante clara.

El cabo, dirigiéndose al dueño de la venta, y antes de que éste pudiera articular palabra, le dijo:

Joseba, unce los bueyes y echa una cadena gruesa que tenemos que sacar el vehículo de este señor, que se ha quedado tirado en el regato de ahí delante.

El dueño, sin hacer comentario alguno, se dirigió a la parte trasera de la venta donde, en una construcción adosada, se encontraba la cuadra.

Nosotros esperamos un pequeño rato y salimos al encuentro del “arriero” al oír sus voces. Tenía uncidos dos bueyes enormes, de los que se utilizan para arrastrar troncos. Pensé que, con este refuerzo, no íbamos a tener problema para sacar el jeep.

Efectivamente, llegados al lugar del regato, el “arriero” enganchó la cadena a la parte delantera del vehículo y, después de animar a los bueyes con una voz, éstos dieron una arrancada que movió el jeep pero no logró desatascarlo. Echando mano de la aguijada (vara larga terminada en punta), y animando otra vez a los bueyes, éstos dieron tres pasos al frente, que fueron suficientes para dejar el jeep sobre el camino, después de dar un brinco espectacular.

Acto seguido, desenganchó la cadena y dijo que nos esperaría en la venta, pues el camino era tan angosto que teníamos que ir detrás de él, por no poder adelantarlo.

Una vez en la venta, y reintegrados los bueyes a la cuadra, nos tomamos unos refrescos mientras cada uno contaba algún chascarrillo.

Cuando quise recompensar de alguna manera al ventero, éste me dijo que lo que había hecho había sido una obra de caridad, y que si le hubiera pasado a él lo que a mí, también le habría gustado que le socorrieran.

Puestas así las cosas, una vez pagados los refrescos, y dando efusivamente las gracias, me despedí, ofreciendo a la patrulla el vehículo para llevarles al cuartelillo, dado lo avanzado de la hora. Pero cual no fue mi sorpresa cuando el cabo, —que hablaba en nombre de los dos— me dijo que gracias, pero ahora irían a un refugio, que utilizaba la patrulla, y que estaba a menos de un cuarto de hora de camino, donde comerían algo y pasarían la noche hasta el día siguiente, en que comenzarían a recorrer de nuevo la línea fronteriza. Así estarían hasta el próximo sábado— hoy era lunes— en que vendría el relevo y entonces sí que irían al cuartelillo a estar con la familia y comer caliente— abnegado trabajo, pensé.

Sin más, arranqué el jeep y me dirigí a Santesteban/Donzetebe, mi residencia, como se recordará.

Cuando entré en el comedor del hostel Maylin, éste se encontraba prácticamente vacío y la moza del comedor, al verme, poniendo cara de extrañeza dijo:

—Muy tarde viene hoy, pues. Ya casi íbamos a recoger todo. ¿Le ha pasado algo? Porque nunca ha venido tan tarde.

—Bueno, es que hoy se me ha dado muy bien el trabajo y he querido aprovechar hasta última hora. — Qué otra cosa iba a decir después de lo entretenido del día. Y sin más dilación me senté a cenar.

POR QUÉ POCO

En el mes de junio, del año 1966, me encontraba trabajando con otro compañero en una zona situada en el término municipal de Las Rozas (Madrid), haciendo el apoyo fotogramétrico para el posterior levantamiento topográfico de unos planos a escala 1/1000.

Este municipio, situado al norte de Madrid y a unos 15 km de la capital, fue el elegido por varias inmobiliarias como objetivo de urbanizaciones, pues está muy bien comunicado con aquélla por mediación de la carretera de A Coruña, la N-VI, amén del aire fresco y sano proveniente de la sierra.

Hacía solo unas semanas que me había comprado un coche (que era mi primero), un Citroën 2 CV, prácticamente igual al que se muestra en la fotografía.

La empresa me pagaba una peseta por kilómetro recorrido, menos mal que el precio de la gasolina era de 10 pts/litro (0,06 euros).

Llevábamos en la zona tres o cuatro días, y era tal la calima que había a media mañana que, para que nos cundiera el trabajo, estábamos en aquélla al amanecer y dejábamos de observar antes de las 11 h.

Cierto día, en el que nos encontrábamos desplazándonos en mi coche, tuvimos que atravesar las vías de la línea férrea que une Madrid con el norte de la península, para llegar a la zona de trabajo.

Quiso el destino que en esa época estuvieran sustituyendo las antiguas traviesas de madera por las modernas de hormigón y, a su



vez, eliminando la separación entre los raíles, lo que se traducía en más y mejor confort para los viajeros, pues ya no sufrirían el consabido “tran, tran,” que se producía a lo largo de todo el recorrido.

Pues bien, esa operación implicaba remover la grava existente entre las traviesas y rellenar o sustituirla, en su caso, por otra nueva.

Íbamos tranquilamente por una especie de camino entre un sembrado de cebada recolectada, cuando nos dimos de cara con la línea de ferrocarril. Después de mirar a derecha e izquierda, por si se aproximaba algún tren, nos dispusimos a cruzar y, como el terreno era bastante llano, no creímos tener ninguna dificultad en atravesar la vía.

Craso error. No hicimos más que tomar contacto con la grava cuando vimos que las ruedas del coche se introducían en ella cual si se tratara de una zona pantanosa. Por la inercia que llevábamos, las ruedas delanteras salvaron el primer rail pero, a partir de ahí, el coche se quedó materialmente atrapado y con los bajos del mismo sobre este primer raíl, de manera que las ruedas delanteras, que eran las que tenían la tracción, quedaron apenas apoyadas, o sea, en el aire y sin ningún tipo de agarre en la removida gravilla.

Dada la peligrosa situación en la que nos encontrábamos, y con el coche inmovilizado, salimos inmediatamente del mismo para analizar el estado de las cosas. Lo primero que pensamos era en lograr quitar el vehículo de allí, ¿pero cómo? (esa línea férrea tiene un gran tráfico de trenes y, con seguridad, no tardaría en pasar alguno en cualquier dirección).

Con una descarga de adrenalina, propia de los toreros ante el peligro, abrimos el portón trasero y sacamos todos los aparatos con gran rapidez para tratar de mover el coche empujándolo. Fue inútil, no se movió un ápice. Miré la hora instintivamente: las 7^{1/4}. Me sobresalté, porque sabía que por allí, en dirección a Madrid, tenía que pasar el correo de Bilbao, pues tenía la llegada a las 8h. a la estación del Norte, de eso estaba bien seguro. Se me pasaron muchas cosas por la cabeza y, por un momento, ya daba el coche por perdido (apenas hacía un mes que lo había adquirido). Incluso preparé una de las banderas que utilizábamos para ir con ella en dirección norte y tratar de avisar al maquinista, con el fin de evitar el impacto y un posible descarrilamiento.

Mi compañero, que también poseía otro Citroën 2 CV, propuso que nos situáramos en la parte trasera del coche y empujáramos a la vez, con fuerza, y de

forma continuada, haciendo vaivén. Así lo hicimos, empleando toda nuestra energía y logrando que el coche, sin moverse del sitio, subiera y bajara de forma notable. Aprovechando el momento en el que se encontraba en lo más alto, dimos un empujón al unísono y el coche avanzó un palmo.

Esto nos animó, de manera que continuamos repitiendo la operación hasta que, ya al borde del agotamiento, logramos liberar el vehículo.

No habrían transcurrido más de dos o tres minutos cuando vimos aparecer, a lo lejos, el tren correo que, por cierto, pitó insistentemente al ver que nos encontrábamos en las inmediaciones de la vía.

Acto seguido, recogimos los aparatos para volver a introducirlos en el coche pues, como he explicado antes, se habían quedado al otro lado de los railes.

Una vez pasado el peligro nos entró un “bajón”, por lo menos a mí, pues por muy poco no me había quedado sin mi coche nuevo, además del lío inimaginable con el seguro, eso sí, lo tenía a todo riesgo, pero a ver cómo explicaría que me había atropellado un tren en mitad del campo y a esa hora tan temprana.

PRECAVIDO

A finales del mes de mayo, del año 1967, tuve la visita de mi jefe, y a la vez excelente compañero, Joaquín Cifuentes Yolif. Yo me encontraba trabajando en la provincia de Navarra, ocupado en el replanteo de la Red Geodésica de 4º orden. Esta había sido encargada a la empresa en la que trabajaba por La Diputación Foral.

Yo seguía teniendo el Citroën 2 CV, reseñado en la anécdota anterior.

Habíamos estado trabajando en una zona al suroeste de Tafalla (Navarra) y, ya al atardecer, nos dirigimos a una pequeña aldea con el fin de tomar unas cervezas y tratar de apaciguar la sed que llevábamos.

Aparcamos el coche en la plaza mayor y fuimos al primer y único bar que encontramos en las inmediaciones.

Una vez dentro y después de saludar al propietario le pedimos unos botellines de cerveza. Nos contestó que si los queríamos frescos o del tiempo. Al ver nuestras caras de extrañeza, añadió que como el tiempo por aquellos lugares no era todavía muy caluroso, algunas personas preferían tomarlos tal cual estaban almacenados. No obstante, si los preferíamos frescos, éstos se encontraban dentro de un barreño con agua de un pozo, del que era propietario y que daba un agua cárdena y muy fresca. Naturalmente escogimos la segunda opción.

Después de cruzar algunas frases con el tabernero, en cuyo intercambio fui yo el que más participó, pues todos los que han conocido a Joaquín saben que su conversación es más bien parca, aunque siempre interesante, advertimos que el dueño, desentendiéndose de nosotros, se dirigió a la puerta de entrada y, a continuación, le entró una actividad frenética, pues no hacía más que entrar en la trastienda y salir cargado con un saco que colocaba en la puerta del bar.

Esta operación se repitió una docena de veces, hasta que nosotros, extrañados, le preguntamos:

—¿Oiga, qué contienen esos sacos?

—Arena. Bueno, es para evitar que entre el agua.

—Pero si no está lloviendo —dijimos al unísono.

—Ya, ya, ahora no, pero antes, cuando me he asomado a la puerta, he mirado en dirección a la ermita y he visto una nube muy negra y, por experiencia, antes de diez minutos está lloviendo de “madre”.

Efectivamente, nos asomamos a la puerta y el panorama había cambiado respecto al que había cuando llegamos. Parecía de noche y ya comenzaban a caer algunas gotas.

Le pedimos consejo sobre qué hacer en esas circunstancias, a lo que respondió que no perdiéramos más tiempo y que nos marcháramos cuanto antes, pues se iba a liar una buena.

Y así lo hicimos. Después de pagar y saltar, no sin dificultad, la barricada que había frente a la puerta, nos dirigimos al coche bajo una copiosa lluvia. Arranqué el vehículo y puse rumbo a Tafalla mientras comentaba con el compañero la que estaba cayendo y cómo se estaba poniendo la carretera secundaria de acceso al pueblo, que en esa época era de tierra*, y que, menos mal que habíamos abandonado el pueblo gracias al tabernero “precavido”, pues, sin duda alguna, de haber esperado un cuarto de hora más, hubiéramos tenido serias dificultades. A lo que Joaquín apostilló con un —ya lo dice el dicho, hombre precavido vale por dos— y yo creí estar oyendo a mi abuelo, que era muy refranero.

** Debió ser la única carretera de tierra que quedaba por asfaltar, pues en Navarra, en esa época, todas lo estaban y los pueblos contaban con una cabina telefónica en la plaza mayor, cosa que agradecemos sobremedida, pues nos evitaba ir a la central de teléfonos y su correspondiente demora. Veinte años después, en la provincia de Badajoz, seguía sin existir cabinas de utilización pública. Eso da una idea de la diferencia entre el norte y el sur.*

Este hecho ocurrió en la primavera del año 1975 y lo cierto es que el episodio salió en los papeles.

Consultados los partes diarios de trabajo y llamados a recuerdo los más cercanos, todos están por jurar que el creador del conflicto fue “el Salus”. Los que no pueden jurarlo están por la labor de que así fue, pues sin el Ario tonelaje de por medio la cosa no sería de tanta risa. Pero unos años después otro compañero confesó que había sido él.

Introito ad altare Dei

La época de la repoblación forestal en las Sierras de Aracena coincide con el periodo en que a la Blanca Paloma le dan su julepe anual por las polvaredas del Rocío. No sabemos si el periodo de repoblación del eucalipto es tan corto que obliga a los trabajadores a echar horas por la noche o si los plantistas toman carrerilla y trabajan de noche para no perderse la Romería. La cosa es que en las serranías de El Pozuelo, una pedanía de Zalamea la Real a 10 km al noroeste. de Valverde del Camino, varios tractoristas se afanaban hasta muy entrada la madrugada en agujerear el campo para que otros posteriormente metieran plantones de eucalipto. Es incluso probable que los tractoristas sólo trabajaran de noche eludiendo el bochorno diurno y el calor, aunque uno no atine a comprender cómo el campesino onubense prefiere los sanguinarios mosquitos vespertinos de las marismas al seco sol que ha curtido los pellejos de media España. Sea como fuere, ocurría que un desgraciado tractorista sudado, comido y aturdido por los zumbidos, canturreaba un Caracoles, mientras que —alumbrando el suelo con los focos del tractor— trepanaba al tresbolillo con su herramienta la falda de una colina, distante unos dos kilómetros de otro altozano

rematado por un vértice geodésico. Las desgracias nunca vienen solas. Ese vértice, oculto a su vista por las tinieblas, estaba esa noche habitado.

De las labores e instrumentos de los geodestas

Como es bien sabido, pues lo explican las teorías ondulatoria y corpuscular de la luz y fue anotado por Maxwell e incluso por el príncipe De Broglie, la luz tiende a verse más cuanto mayor sea la oscuridad. Cosa notable, pues el ojo humano trabaja mejor cuanto más claridad haya. Ocurre además que la luz, con un comportamiento casi humano, se curva con el calor y se retuerce con la polución (diurna). Son éstas las crípticas razones por las que los trabajos de geodesia suelen hacerse de noche, aunque no son las únicas. Hay que añadir que a esas horas se encienden las bombillitas de colores en los caminos y que se cobra nocturnidad. Alegría para el bolsillo y aledaños.

En los tiempos en los que se refiere esta historia, la geodesia española había abandonado, para la observación, las hogueras en lo alto de los vértices geodésicos y los heliotropos. Atrás quedaban los días gloriosos en los que filas interminables de soldados, separados cien metros cada uno del siguiente y del anterior, unían los cincuenta kilómetros o más que había entre dos vértices de primer orden que debía ser observado, transmitiendo los comentarios:

—¡Que dice el teniente que menos lumbre!

—¡...que menos lumbre!

—¡...que no tanta lumbre!

—¡...

—...que apaguen!

En los tiempos de nuestra historia, la afamada “Valbuena, Bonet & Asociados” que estaban en la punta de lanza de la producción científica española y que iniciaban la I+D nacional, habían provisto a los topógrafos del IGN del sofisticado instrumental necesario para la observación nocturna de ángulos.

Colóquese un Citroën 2CV de forma que uno de los faros coincida con la normal al campo gravitatorio o vertical geodésica que pase por el centro geométrico del cilindrin del hito. Utilícese el otro faro para leer El Capital o la Oda al Soviet del camarada Stalitchenko.

No es éste el lugar para describir los ingeniosos artefactos que garantizaban la seguridad integral en las comunicaciones, como el famoso cargador de baterías *Chupamperios*; la antena hiperbólica de comunicaciones; el famosísimo objetivo geodésico de punterías ergonómico *Espiritusanto* (Fig. 2) o la tantas veces alabada basada hiperligera de atornillamiento manual *Laquesada*. Las descripciones técnicas y ventajas de uso de esos instrumentos son de otro negociado, pero debo aquí reseñar el instrumento que fue culpable material de la historia que se cuenta.

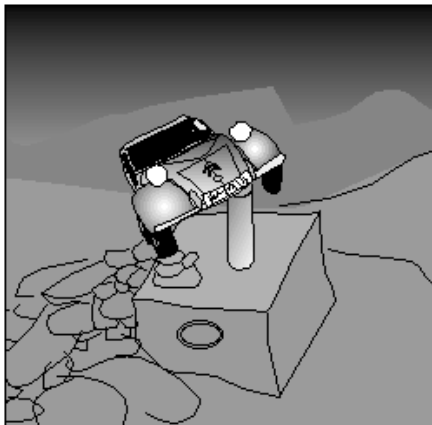


Figura 1. Dando luz (Versión de Carlos Domingo Alda)

Se trata de otra de las invenciones del *Emporium Científico Valbuena*, basada en aportaciones apócrifas que se suponen venir de Carlos Domingo Alda (fig.1) consistente en la óptica-yodo completa de un Citroën 2 CV con un reóstato que permite regular la cantidad de luz emitida. Unido al foco, el ingenio incluía un tornillo recolocador del bombillo de yodo para que éste coincidiera exactamente con el foco del paraboloide, con el fin de que los rayos proyectados salieran lo más paralelos posibles al eje óptico. De esta forma, una vez que el topógrafo llegaba al hito geodésico, las más de las veces con algún mamporro en la popa del propio cuerpo y de las cajas, podía recolocarse el sistema óptico (intensidad y posición) y garantizar un perfecto envío de luz al



Figura 2. El *espiritusanto*. Versión sin excéntrica.

vértice geodésico receptor, donde alguien comiéndose un bocadillo de mejillones esperaba la llegada del resplandor.

Foto oficial del Registro de Patentes y Marcas. Modelo “*Verano*” y modelo “*Lluvia*”. Portador: Paco Olmedo. Dejó de utilizarse debido a la lentitud de observación de ciertos compañeros que obligaban a mantenerse al portador del espiritusanto en posición de pseudobservación durante largas horas con aparición subsiguiente de episodios de agravio en la zona lumbar (y otros peligros morales varios).

La refocalización del bombillo exigía la existencia de una pared o superficie lisa a media distancia (un kilómetro era un buen objetivo) de forma que cuando el topógrafo, provisto de prismáticos enfocaba la luz de yodo en la pared, podía abrir o cerrar el haz hasta que éste fuera de unos 20 cm. Cuando se acababa el tornillo recolocador, el topógrafo experto encontraba el foco del paraboloide dando varios coscorriones al casquillo, aunque este expedito método era sólo útil en caso de pérdida del sinfín. Tras esta operación el sistema estaba en condiciones de uso y el foco proyectaba un potentísimo chorro de luz puntual fácilmente visible a simple vista a más de 150 kilómetros. Después era cuestión de ir reduciendo y reduciendo la intensidad hasta quedar apenas perceptible para que la observación fuese fiable.

La coincidencia en el espacio-tiempo

Aproximadamente a la misma hora en que el tractorista perforaba la tierra y los mosquitos perforaban su piel, dos kilómetros monte arriba, Salustiano Sánchez (“el Salus”), preparaba en el vértice geodésico denominado “Cabeza” su noche de trabajo. Bajó de sus anchas espaldas el macuto con su batería de coche, el reflector, la linterna, los prismáticos, la radio de comunicación, el bocadillo, el otro bocadillo, el espiritusanto y se dispuso a dar luz.

Desde su privilegiado observatorio y con sus prismáticos, pudo ver en medio de la noche al desgraciado tractorista. El de arriba le daba al caletre tontamente. El de abajo cumplía con su trabajo y, aunque acostumbrado a la soledad, miraba con alguna inquietud de reojo el pozo oscuro de la noche. Alguna alimaña podría darle algún susto robándole la taleguilla del bocadillo con el chorizo y era mejor estar atento. El Pozuelo, lo más cercano, estaba a cinco kilómetros. Cerca de él otros tractoristas abrirían otros agujeros, pero no estaban a la vista. No

había carreteras. Sólo caminos y trochas abiertos en la maleza para que los tractoristas (y algún que otro topógrafo) cumplieran su cometido.

Al de arriba le entraron ganas de reír. Enchufó la batería al reflector, lo subió al hito, apuntó, puso el potenciómetro a tope y ¡zas! Un potentísimo rayo luminoso que horadaba el aire desde el cielo fue a posarse en las cercanías del tractorista marcando sobre el suelo un círculo luminoso brillantísimo y temblón. El tractorista vio cómo el círculo, en rápidos y nerviosos movimientos, se acercaba agresivamente a su máquina, la sobrepasaba, volvía y antes de que se diera cuenta, trepaba por la carlinga. La trayectoria, evidenciada por la nube de mosquitos, dejaba clara la situación del origen: ¡la luz venía del cielo!

Por un momento, el tractorista sintió el escrutador dedo celestial que le había descubierto. “¡Ah, miserable!, ¡Trabajando de noche y de día dándole el vino! ¿Así santificas a cuatro días la fiesta de la Blanca Paloma?”.



Figura 3. El Salus en plena faena de ajustar el halo del foco.

La pelea con el maligno

La luz se había instalado en el morro del tractor y de pronto, como si de un milagro se tratara, comenzó a expandirse y hacerse grande iluminando todo el trabajo de la noche. Cientos de agujeros eran mostrados a las tinieblas antes de que el sol lo hiciera posible por primera vez. La luz se hacía más y más grande y luego más y más pequeña, dejándole deslumbrado ante su minúscula concentración. De pronto, comenzó a fluctuar su intensidad. Variaba de potente a mortecina, de grande a pequeña, de puntual a extensa y no paraba de moverse alrededor.

El sudor le impregnaba. Seguía atado al asiento aterrado con la luz. Las manos sobre las palancas de la máquina agujereadora y la cabeza pivotando movimientos e ideas. La luz, apenas visible ahora, se había parado en el suelo justo a un metro delante del morro.

Comenzó a hacerse potente y potente y a subir por el tractor hasta acercarse a su cabeza. Cuando estaba ya en su pecho, la luz se intensificó de tal manera que perdió la visión de todo lo que tenía delante. Tuvo que cerrar los ojos. Percibía una oscuridad rojiza de sangre con los ojos cerrados. La intensidad iba disminuyendo y la luz se situó

de nuevo en el suelo a un metro delante de sus ojos, en una nueva pulsión fuerte/débil/fuerte/débil. No lo pensó. Sus manos en un movimiento instintivo dejaron que el pico perforador cayera sobre la luz. La luz ni se inmutó. Continuó su pulsión con movimientos más rápidos mientras que el tractorista, intuyendo que estaba herida de muerte, comenzó a golpearla con el brazo articulado rematado en puya cada vez más fuerte y cada vez más rápido. La pulsión de luz y pico se había sincronizado. El hombre chillaba, resoplaba, hacía fuerza para que fueran los golpes más secos. La sal del sudor le hacía llorar. Quitó un instante la vista de la luz para restregarse un párpado con el hombro. La luz desapareció. Sólo quedaba su respiración jadeante y el ronroneo del motor. Había desaparecido la luz. ¿Estaría herida? Se echó hacia atrás. Giró la máquina. Giró su cuerpo. Inspeccionó el suelo en busca de sangre de cristal. Moviéndose y removió el suelo. Bajó los focos de su tractor y enfocó el suelo. Allí ya no había nada. Había matado a la luz. De lo alto no quedaba ni rastro. Apenas se recortaba frente a él la silueta del cerro de enfrente. Aquello había sido un mal sueño. La falta de vino, seguro. Se quedó quieto varios minutos. Apagó el motor. Ni un ruido. Nada.

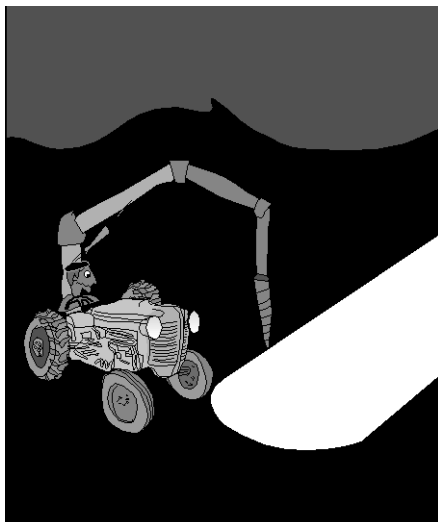


Figura 4. La luz se le plantó al desgraciado justo delante de su tajo.

Poner el motor en marcha le hacía sentirse acompañado. Lo puso en marcha. Se bajó a inspeccionar. Se dirigió hacia la talega, deshizo el nudo del botillo y se encaró el chorrito de vino en el momento en que todo él quedó iluminado de nuevo por la potente luz.

Soltó bota y capacho y echó a correr despavorido. El tractor quedaba atrás con el *run-run* lento del motor. La luz le seguía, le molestaba, se paraba delante, le hacía retroceder, le hacía desorientarse, le hacía chillar y llorar. Arriba, en el cielo, un artefacto le había descubierto y la consabida sed de maldad de los extraterrestres se iba a saciar con él. El ruido del tractor impediría que nadie oyese sus gritos de angustia. Las piernas le flaqueaban. Corría sin saber hacia dónde. Cayó a un agujero que antes él mismo había hecho. Salió. Cayó a otro. Salió de nuevo mientras algo se le aflojaba en el vientre. Dando un traspié cayó a un sembrado bajo un ribazo. La luz allí no llegaba y pudo ver una desenfilada para ganar el camino. Al fin el camino. El terror impedía que de su boca salieran los gritos que su cerebro bramaba.

—¡Unon-ni ... junon-ni!

¡Dios! Allí estaba de nuevo la luz, a su espalda, palpándole el trasero. Lo sentía. Era cálida y ligera. Resbalaba por la pierna. Sentía allí su luz.

—¡Ay Dioh!, ¡que matocao el culo! ¡Ay, Dioh! ¡Ay, Dioh!

Corrió como un poseso.

.....

En el único bar del pueblo apenas había concurrencia a esas horas. El capataz de los tractoristas y dos más se tomaban un vasito mientras Marisa Medina hablaba del tiempo. Desde lejos, unos gritos inusuales se acercaban. Las luces de las casas comenzaron a encenderse. El pueblo se puso en pie. Por el camino, un loco venía desencajado llorando, moqueando y gritando sordamente

—¡Unon-ni! ... junon-ni!

Sudado, sucio, maloliente y con la mirada perdida, los vecinos de El Pozuelo en pijama vieron cómo llegaba una piltrafa humana, descalza de un pie, chorreando sudor y mierda y murmurando con un hilo de voz:

—¡Unon-ni! ... junon-ni! ... ¡Ay, Dioh!

—¡Pero muchacho!, ¿qué pasa?, ¿qué dices?

Sin fuerzas para más, quedó tumbado en el suelo del bar sin conocimiento. Unos vecinos le llevaron en un Land Rover al médico de Valverde del Camino. Otros fueron con el capataz de la contrata a ver qué podía haber pasado con el tractor. Allí estaba el tractor con su runrún y sus luces encendidas. Uno de ellos condujo el tractor a El Pozuelo mientras los otros volvían en el coche. No había nada que hiciera pensar en algo extraño. Sólo la bota, sin apenas vino y los bocadillos intactos hicieron pensar que había bebido demasiado. Tres horas más tarde, ya de amanecida, el tractorista pudo hablar a sus vecinos.

Otro día

Al día siguiente, ocurrió que al topógrafo Miguel Ángel Bernabé (el Bersa) se le cayó al suelo el motor de su coche Simca 1200 al partirse dos de los tres pernios que lo sostenían. El trote que se le daba a los vehículos no era para menos.

Como no tenía coche y el vértice “Cabeza” no era muy complicado de subir, se decidió que Salustiano fuera a otro vértice a divertirse y que el Bersa fuera al citado Cabeza. A Juan Pablo Colmenarejo se le encargó que acercara, de camino, al Bersa hasta la base del vértice y que después se marchara al suyo, dejando al Bersa solito con su perro Rommel*, en el mismo vértice desde el que el día anterior el Salus, actuando de marciano, casi se telecepilla a un paisano.

Dicen que el topógrafo Miguel Ángel Bernabé es un *especialista*. Que casi todo le pasa a él. Pero hay que saber que sin tener muchas luces, el pobre ha lidiado con morlacos de postín. No en balde, en aquella época tenía que sufrir al Trueno de Colmenar como jefe, a Andrés Alario como emético y a Diego Sánchez Miyares como tutor iniciático. Y eso puede afectar la *psique* a más de uno aunque tenga las jaretas bien puestas.

Primeras luces y primeras voces

Faltaban tres días para el Rocío. Dicen que a veces se veían pasar carretas llenas de juerga y fino hacia Almonte. Ese día, conforme se apagaba, no se veían carretas. Sólo un tractor estaba trabajando como a unos dos kilómetros de distancia.

* *Rommel: A18PG002. El A18PG001 era Blas, el chucho del Quinito.*

El Bersa se puso a trabajar.

—*Juan Pablo, ¿me escuchas? [¡plop!] ([¡plop!])* (Ruido característico que hacía la radio al cortar una comunicación y dejar paso a otra)

—*Diego, ¿me ves bien? [¡plop!]*

—*Aquí hay mosquitos a mantas [¡plop!]*

—*Reduce luz...no tanto...no tanto....Vale [¡plop!]*

—*Brrrm...mmm.rrrr... tanto que brrrrmmm mmm [¡plop!]*

—*Haces la vaca [¡plop!]*

—*brrrrmmm m mmm [¡plop!] ¿qué tal ahora? [¡plop!]*

El tractor había dejado de trabajar

—*Reduce un poco [¡plop!] ¡Vale! [¡plop!]*

—*Apaga, Juanito [¡plop!]... Vamos a cortar para cenar un poco [¡plop!]*

—*¡Oído cocina! ¡Hasta mañana! ¡Corto y cierro! [¡plop!]*

—*¡Eh!, ¡Juanito!, ¡que no!, ¡que sólo vamos a cenar! [¡plop!]*

—.....

—*¡Juanitooo! [¡plop!]*

—...

—*¡Juanitoooooooooooo! [¡plop!]*

—*[¡plop!] [¡plop!].... [¡plop!] ¡Ya! ¡Que no hay que chillar! ¿Vale? [¡plop!]*

Dos luces de coche se acercaban al monte donde el Bersa y Rommel compartían un bocata y el aburrimiento. El Bersa mantenía el *espiritusanto* encendido por aquello de no cenar a oscuras y por mantener el hambre de Rommel a medio metro de los bocatas.

En la base del montecillo, como a unos cuatrocientos metros del vértice donde un perro y su topógrafo oyen las noticias, un coche para. El topógrafo vio las luces y oyó el motor encendido. Era un Land Rover pidiendo a picadura de bie-las la eutanasia del desguace. Alguien (humano) comenzó a gritar desde abajo. El topógrafo, sabiendo que con él no iría la vaina, no hizo ni caso. Las voces continuaron. El topógrafo se puso en pie y de pronto cayó en la cuenta de que

alguien podría haber pinchado por esos caminos y que al ver una luz allí arriba gritaba pidiendo ayuda. El perro se puso a ladrar. Como no se oía bien, el topógrafo voceó

—¡Ahora bajoooo! ¡Tengo un qualkitalkiiii!

Inesperadamente, el coche se puso en marcha sin más y se alejó.

Aquella noche no volvió a pasar ningún coche ni volvió a funcionar el tractor.

El trabajo continuó como siempre sin sobresaltos y con bromas y el Bersa daba gracias a Dios, desde lo alto de ese montecillo, por permitirle trabajar con un grupo de gente tan divertida que no hacían más que hacer el ganso mientras que sus radios hacían la vaca.

La jefatura, que hablaba por boca del oráculo Fifo, ordenó a Juan Pablo Colmenarejo que fuera a buscar al pringado ese que andaba sin coche en el monte Cabeza. Para ganar tiempo, el Bersa indicó a Juan Pablo que él iniciaría la bajada andando hasta que se encontraran por el camino y que si no se encontraban se juntarían en el bar de El Pozuelo, distante unos 5 km del vértice.

Digresión

Aunque no pertenece a la trama principal de la historia, pero buscando la fidelidad del hecho, hay que anotar que Juan Pablo no se encontró al Bersa ni en el camino ni en el bar, sino que a medio camino, se encontró con Rommel sentado a la vera del camino en la base de un arbolillo y con el Bersa subido a él (al árbol, chato. Al árbol). Y un pelín asustado, que todo hay que decirlo.

Ocurrió que el camino hasta El Pozuelo era oscuro, un barrizal, rodeado de árboles y que daba un poco de miedo. La linterna de mano apenas daba luz para iluminar la punta de las botas. A la mitad del trayecto, en un recodo, el Bersa y su perro fueron sorprendidos por una estampida animal a no menos de 10 metros de donde se encontraban. Todos a la vez, perro, hombre y bestias hicieron un mutis galopante, cada uno en una dirección y al topógrafo le tocó ir hacia una rama. Allí permaneció el topógrafo hasta que las luces del coche de Juan Pablo iluminaron el lugar de reunión y la comprensión del suceso. Donde se había iniciado la estampida había un gran charco de agua en el que debían estar bebiendo algunos cerdos, vacas, o bisontes de las praderas. Al constatar de pronto presencia humana, no barruntada por la dirección opuesta del viento, las

bestias, al unísono, escaparon al galope, organizando tal estruendo que fueron capaces de alterar el reconocido donaire del Bersa enviándole a las alturas a pesar de su innata cojera. Una calle de la Estafeta de rústica es lo que ocurrió. Allí le encontró Juan Pablo y no hay ni que comentar -dada la socarronería del conductor—la de bromitas que hubo que soportar esa noche entre la parroquia geodésica. Menos mal que el Quinito estaría cerca y también a él le habría ocurrido algo, y se compartirían las hieles de las guasas, digo yo.

El día de marras y su noche marrón

Todavía sin vehículo propio, al topógrafo Miguel Ángel Bernabé, la superioridad le encargó pernoctar en el mismo monte de la noche anterior. Esta vez fue Paco Olmedo el encargado de llevarle hasta la base del otero. Allí se despidieron los tres -topógrafos y perro—con la firme promesa de que pasaría el de Arévalo a recogerlos a la terminación del trabajo. Las palabras de Paco, por venir de un castellano viejo, daban seguridad al Bersa, la misma seguridad que temerosidad producían al can, que sabía muy bien que si Paco estaba cerca le caería alguna patada en el culo precedida de un grito

—¡Chii... toooo!

(Paco no permitía que un perro caminara delante de él si no era a menos de 100 metros. Los perros detrás y las codornices delante. No hemos dicho que Rommel era un pastor alsaciano, negro como la pena de aquellos días perdidos y que de caza... nada).

Perro y topógrafo subieron despacio la cuestecita que culminaba en un cartel de:

Multa o prisión a quien destruya o dañe esta señal.

Instituto Geográfico y Catastral

La noche era agradable. Un poco calurosa. Limpia y oscura, por lo que el peligro estaba en que el perro, amparado en su disfraz de noche, metiera el hocico en el macuto. Había que encender algo, aunque fuera minúsculo, para tener localizado el condumio y a la vez que no molestara a los observadores de otros vértices. La linterna encendida metida dentro de la mochila hacía que ésta tomara la apariencia de un espíritu flotante en medio de la oscuridad y se la viera.

Faltaban dos días para el Rocío. Tampoco se veían luces de carretas romeras. Sólo el tractor, como la tarde-noche anterior, a dos kilómetros de distancia. Eran las diez de la noche y todavía, hacia el oeste, el cielo no se había apagado. Quedaba tiempo de hacer preparativos hasta que empezase el trabajo. El Bersa encendió la radio y sintió la compañía de otras voces conocidas y otras bromas repetidas. Qué gusto la compañía en la soledad. Diego, el ilustre, el Fifo y Charlie con sus bromas a pachas, el ininteligible Alario con sus desacompañadas 130 revoluciones por minuto y 250 contraórdenes por segundo. Era la mejor distracción en el aburrimiento rutinario de dar luz para que otros observen. Qué bien que el gobierno español haya previsto que para ciertos trabajos haga falta ser Ingeniero Técnico. Si no llega a ser por esto, seguro que algún tuercebotas sin estudios se tiraría toda la noche panza arriba contando estrellas y dándole al potenciómetro... Gracias a quien sea por permitirme esta noche de estrellas y amigos.

Hacia las once, una voz le ordenaba que encendiera el proyector. El trabajo iba a comenzar. El perro dormitaba. De vez en cuando una rapaz intrigaba a la pareja con el aleteo o los graznidos. El silencio volvía. Las palabras por la radio se repetían monótonas.

—*Reduce... [¡plop!]*

—*¡Vale! ... [¡plop!]*

—*¡Apaga! ... [¡plop!]*

—*Te vas... Te estás yendo... ... [¡plop!]*

Radio Nacional dio una noticia: Tonono, jugador de fútbol del equipo de Las Palmas, ha muerto hoy. Diecisiete topógrafos repartidos por diecisiete montes de Dios se comunicaron a la vez formando un corto-audiocircuito. El frío Alario intervino para poner orden. No era para tanto. Al fin y al cabo, Tonono no jugaba ni en la Palentina ni en el Salamanca bonito del Fifo, así que venga, al tajo.

La noticia quedó pues como un relámpago de verano, cortada y sin trueno. Por eso, hoy en la distancia, quiero rendir homenaje a aquel que nunca conocí ni supe antes quién era, pero que me hizo reflexionar bajo las estrellas sobre la miseria de la vida de un futbolista. Cuando el topógrafo Bernabé se dio media vuelta para echar un padrenuestro conceptual por el alma del atleta (un agnóstico no tiene padrenuestros y eso es una limitación muy grande para casos de penas negras)... el tractorista ya no estaba. La soledad del topógrafo y su perro era ahora absoluta en sus alrededores, si exceptuamos el lorito con pilas que

seguía —a ratos— haciendo la vaca. La noche pasaba lenta. No había posibilidad de distracción, excepción hecha de ese pestilente botarate que se llama José María García y cuyos rebuznos relacionados con el naciente *bussiness* del *football* llegaban altos y claros. Uno no llega a comprender cómo preclaras mentes tuvieran al “Butanito” como gurú y guía. Preferible la machadiana voz del que siempre va con uno.

Hacia las dos de la madrugada algunas luces se dejaron ver por algún camino lejano. Deben ser carretas rocieras (llenas de fino y juerga, que algún cursi ha escrito). Cinco minutos más tarde parecía que las luces se acercaban por el camino hacia el monte del hito.

A los diez minutos las luces se concentraban donde antes hubo un tractor trabajando.

Como si fuera una peregrinación a un desconocido santuario, decenas de luces se amontonaban a unos dos kilómetros donde hasta pocas horas antes un tractorista hacía hoyos en la soledad de la tarde. De pronto, los coches en fila, por un invisible camino, tomaron rumbo a la base del montecillo del topógrafo. El espectáculo era inaudito. Por una trocha que no conducía a ningún lado, decenas y decenas de vehículos formaban una retahíla luminosa.

Al topógrafo Bernabé le parecía aquello muy raro, pero el hecho de que por radio se le avisara de que encendiera el proyector de primer orden pero que procurara no deslumbrar, tapando como pudiera el resplandor para que no molestara a los de segundo orden y que mantuviera encendido el *espiritusanto* para Diego que seguía observando, le distrajo de la caravana y le hizo perder algunos minutos preciosos para la exactitud de esta historia. En medio del trabajo, el topógrafo Bernabé volvió la cabeza hacia los noctámbulos de abajo. La caravana parecía haberse detenido en la base del montecillo, justo donde el día anterior un vehículo tosiendo y ventoseando aceite se había detenido y marchado. Los coches mantenían las luces de posición encendidas. Arriba, el topógrafo tenía que seguir colocando sus luces en la posición requerida y volviendo a regular intensidades.

—Mejor... mejor... te pierdes. ¡Vale! ... no... te has ido [¡plop!]

—¡Quieto! ... [¡plop!]

—¡Reduce! ... [¡plop!]

—Bersa, mantén-te a la escucha... [¡plop!]

El Bersa, se dio media vuelta y un airecillo como de miedo se posó en la frente. Las luces habían desaparecido. Un minuto antes estaban allí. Ahora otra vez la nada. Saltó del hito y miró para ver hacia dónde podían haberse ido. Nada. Desaparecidos en dos minutos. Todavía estaba escrutando las tinieblas cuando unas voces humanas y la radio se pusieron a la vez en marcha.

—*Bersa, reduce un poco que hay calima [¡plop!]*

Rommel, se puso en pie y olisqueó. El topógrafo aguzó el oído. Alguien andaba por el campo de noche. Las voces que se oían eran como gritos aislados y cortos. Como cuando se quiere asustar a la caza para que salga. ¿De caza a estas horas?

—*Bersa, reduce un poco que hay calima... ¿oyes?... [¡plop!]*

Los gritos se repetían y se acercaban pero seguían siendo ininteligibles.

De pronto la voz sonó nítida y metálica con la potencia de un cañón. Estaban utilizando un megáfono:

—*¡Apaguen esa luz!*

—*Bersa, ¡cojones! que reduzcas un poco ¡Despierta! ... [¡plop!]*

El topógrafo no vio ninguna luz en las cercanías

—*¡Estamos rodeando el monte! ¡Apaguen esa luz!*

La voz era autoritaria y andaluza de pueblo. Sonaba un tanto ridícula. Nadie del pueblo osa dar voces autoritarias si no es el señorito. El topógrafo seguía sin ver luces encendidas en los alrededores... a no ser que... ¿sería la luz que él mantenía encendida? ¿Sería su espiritusanto?

—*A ver, a ver... Bersa, Bersa. ¿Me escuchas a mí?* (Esta vez era la calmada voz del Manolo Terroba que intentaba implicitar una excusa)

El perro, muerto de miedo, ladraba con todas sus fuerzas entre las piernas del topógrafo. La voz, concluyente, afirmó:

—*¡Por última vez! ¡Apaguen la luz o disparo!*

El topógrafo, incierto en si debía meter vela en ese entierro, con voz de personaje de Forges preguntó con un gritito tímidamente tembloroso:

—*¿Eees a miiii?*

Tardó unos segundos en contestar el megáfono y lo hizo con contundencia:

—*¡Ata al perro! ¡Apaga la luz y levanta los brazos!*

Aturdido. Ridículo. Sin saber si era a él a quien se dirigían realmente las voces, aunque la referencia al perro no dejaba lugar a dudas. Medio a oscuras, tropezando con el aterrorizado chucho que olía el miedo del dueño, cogió la radio y transmitió lacónico, entrecortado y nervioso:

—*A ver, a ver, tengo que apagar. Tengo que apagar. Dicen que me van a pegar un tiro.*

El topógrafo no recuerda si la radio contestó o no. Rápidamente cogió al perro y lo ató a la batería con las correas de la mochila, apagó la luz y medio sentado en la base del vértice geodésico que amortiguaba y disimulaba los temblores de piernas levantó los brazos. Se sintió ridículo. Allí, sólo, en lo alto de un monte perdido, como un penitente con los brazos levantados y sus gafas patinando en sudor nariz abajo.

No sabe el tiempo que pasó pero algo le decía que no debía moverse. Ni recuerda si por la radio se estaban acordando de la madre que le parió. El terror que le empezaban a producir ruidos cercanos que venían de todas las direcciones le cerraba la atención. En la oscuridad se oían ruidos. Ruidos no direccionables. Venían de todas partes. Ruidos sigilosos y precavidos. Incluso jadeos animales distinguibles a pesar del jaleo que Rommel estaba organizando. Una sombra comenzó a moverse por algún lado casi al tiempo que un linternazo cubrió de visibilidad al hito, topógrafo, perro y *estaribel*. Los ruidos, como por arte de magia, aumentaron. Gritos y gritos que se sumaban a otras luces de otras linternas que alumbraban la escena. El perro se desgañitaba. El topógrafo se sintió bajo tanta luz y tanto foco como una mezcla de *starlett* de cabaret y un San Sebastián esperando las flechas.

—*¡Hola! ¡Buenas noches!* —Sonrió el topógrafo con las gafas en la punta de la nariz, chorreando sudor y los brazos arriba.

—*¡Sinvergüenza!*

—*¡Tío mierda!, ¿qué has hecho?*

—*¿Yooo?*

—*¡Casi nos matas a un tractorista!*

—*¡Pero si no tengo coche! ¿Cómo voy yo a matar a nadie?*

De pronto recordó que por la tarde, a lo lejos, había un tractorista. Que después ya no estaba y que luego hubo una concentración de coches. Seguro que habría tenido un accidente.

—*¿Cómo voy a matar a nadie? Si a mí me han tenido que traer.*

—*¡Calla, canalla!, ¡Que ya sabes lo que digo!*

El del megáfono era un guardia civil de unos cuarenta años que en su vida se había visto en otra. Venía con traje de faena junto a otro compañero, de unos veinticinco, que traía un rifle con mira telescópica y visión de infrarrojos. Detrás, otra pareja de la Benemérita cubría las espaldas. La chusma, con palos en las manos, zarandeó al topógrafo y le hizo tumbarse en el suelo boca abajo. Revisaron su macuto. Comprobaron que quien fuera y del planeta que viniera, se alimentaba de tortilla de patatas.

Chillaban y chillaban mientras el Bersa boca abajo oía el ¡plop!, ¡plop! de la radio

—*¿Qué haces de noche y con luces aquí?*

—*¿Quién eres?*

—*¿De dónde vienes?*

El cabo cuarentón puso paz, retiró a las multitudes y puso en pie al Bersa.

El cerro, en el que antes había un vértice geodésico, era ahora una feria. Tras las luciérnagas humanas provistas de escopetas, palos, piedras, garrotes y los cuatro miembros del cuartelillo, comenzaron a aparecer jóvenes, niños, mujeres, ancianos...

—*¡Cuenta, desgraciao, cuenta! ¡¿Qué te ha hecho el Pollito para que le dejaras como le dejaste con la luz?!*

—*¿Con la luz? ¿Con qué luz?*

—*¿Cómo que con qué luz? ¡Antier le dejaste medio muerto con ese foco!*

(¡Antier!.... ¡Me cago en diez!.... ¿Quién coño estuvo anteayer aquí?.... ¡Me cago en la leche!.... ¡El maldito Salus!)

San Francisco de Arévalo

Alertado por el mutismo de la radio y viendo que el Bersa no contestaba, Paco Olmedo -que le conocía bien— recogió a toda prisa, se metió en su coche y salió zumbando a ver qué había pasado.

El camino, ya se ha dicho, era de tractores y camiones. El coche de Paco, otro Simca 1200, pinchó. Cuando estaba cambiando la rueda, empezaron a llegar coches, tractores y motocicletas a los cuales entorpecía el tránsito jaquélo parecía una auténtica romería!

Al no poder seguir por estar su coche en medio, el personal empieza a bajarse de los vehículos y uno le dice que no tenga miedo y que continúe que ya son muchos y van bien preparados.

Paco, que todavía no se había repuesto de la sorpresa respondió:

—¿Miedo a qué?

—¡Pues a qué va a ser, al onni!

—¿Qué ovni?

—¡El que se ha estacionado estos días en Cabeza y vamos a dar caza! ¡Ha ido todo el pueblo a pillarle!

—¿Quééé? ¡Pero si es mi amigo!

Alarmado ante la noticia y sin cambiar la rueda pinchada salió echando chispas. Comenzó a adelantar coches estacionados en el camino. En un instante tiró monte arriba sin camino ni leches, entre los matorrales y, cuando llegó al lugar habitual de recogida, se encontró con que allí estaba media provincia. La gente había salido de sus vehículos y estaba armada de alguna manera, parecía un somatén, abundando las escopetas de caza. Al descender del coche todo eran voces amenazando al OVNI con empezar a disparar inmediatamente, sobre todo, si el perro no dejaba de ladrar. Consiguió, a duras penas, imponer un poco de cordura, explicando a la gente quiénes éramos y lo que estábamos haciendo, no sin gran esfuerzo dada la excitación enorme que imperaba en una noche de total oscuridad y que ya estaba distribuida rodeando el cerro y presta al asalto final, pues este OVNI no se escapaba.

El timbre de voz y las voces de Paco Olmedo llegaron a los oídos del topógrafo Bernabé como si fuera la coral del Himno de la Alegría. Y al perro también.

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa! ¡Si es amigo mío!— Decía Paco dirigiéndose feroz a las turbas.

Ser amigo de Paco, al topógrafo Bernabé, le pareció lo más grande que se podía ser en aquellos momentos.

Lo demás no merece la pena ser contado. El trabajo, interrumpido una hora y media más o menos, continuó entre la expectación del pueblo de El Pozuelo en pleno con su corporación municipal, el cuartelillo y el sacristán. Nunca dar luz en geodesia había tenido tanto público. Los hombres y el cuartelillo echaban un cigarrito un poco desconsolados, las mujeres comentaban lo sucedido y las jóvenes... admiraban la entereza y gracia del Bersa dando luz. Eso dijo él. Los chicos, desilusionados; ellos que pensaban cazar un ovni...

Epílogo

La noticia de la existencia de un ovni que había perseguido a un tractorista había corrido desde la ayudante del médico de guardia de Valverde del Camino hasta la cama de su marido, el corresponsal en Valverde del Odiel de Huelva.

La primera parte de este relato, justo hasta que los vecinos de El Pozuelo iban a ir a cazar un ovni se publicó en el diario, pero el chasco de encontrar un topógrafo y un perro en vez de un marciano aconsejaron no continuar con el relato, que podía herir el pundonor onubense. Esta es pues la primera vez que se publica la historia completa.

Una vez en El Pozuelo y deshecho el equívoco, el topógrafo Miguel Ángel Bernabé invitó a todos a tomarse una copita de lo que quisieran. Se consumieron solo un par de rondas. La abstinencia de los vecinos era comprensible por el desengaño de la caza, terminando el festival hacia las seis de la mañana.

El topógrafo Miguel Ángel Bernabé tartamudea y le entran picores cuando recuerda el sucedido pero, el Bersa, que dicen que es *especialista*, que casi todo le ocurre a él, piensa que no hay problema, pues su ángel de la guarda le protege. Su ángel se llama Paco Olmedo y está muy contento de que así sea. Por eso, todavía hoy, algún tiempo después, está a su lado y espera tenerle cerca cuando, hecho un padrazo, les cuente esta historia a sus hijos dentro de un montón de años, cuando esta leyenda no se sepa ni dónde empieza ni dónde acaba, ni si es cierta o si inventada pero que traiga al recuerdo la idea de imprimirla de Charlie Venero. Amén.

